CIRCULO LITERARIO COMERCIAL.

LA ESPAÑA DRAMATICA.

COLECCION DE OBRAS

REPRESENTADAS CON APLAUSO

EN LOS TEATROS DE LA CORTE.

Andrés (illegible)



MADRID: 1851.
Imprenta á cargo de C. Gonzalez.
RUBIO, N. 14.

ANDRÉS CHENIER.

DRAMA HISTÓRICO

EN CUATRO ACTOS, Y EN VERSO,

ORIGINAL

DE D. JOSÉ MARIA DIAZ.



MADRID—1851.
IMPRENTA Á CARGO DE C. GONZALEZ: CALLE DEL RUBIO, N.° 14.

Al bizarro galan

de Marta la Piadosa, Desde Toledo á Madrid, Casa con dos puertas, A secreto agravio y Fuego de Dios; de La esclava de su galan, Lo cierto por lo dudoso y Amantes y celosos; de El desden con el desden, Solaces de un prisionero, Mocedades de Cortés y de La cabeza encantada; de El cuarto de hora, Arte de hacer fortuna, Entrada en el gran mundo y A Madrid me vuelvo; de Muérete y verás, Marcela, Para vencer querer y La mogigata; de El hombre de mundo, Amante universal y Fortuna contra fortuna.

Al estudioso y concienzudo artista

de Garcia del Castañar, Borrascas del corazon, Guerras civiles y Rueda de la fortuna; de La trenza de sus cabellos, Yo primero, Traidor, inconfeso y martir, Clotilde y Garcilaso de la Vega; de Alfredo, Fernando de Antequera y Es un ángel; de Francisco de Quevedo, Bandera negra, Rodrigo Calderon, La calentura y Campanero de San Pablo.

Al que ha visto cien veces coronada su inteligencia

en Isabel la Católica, Guzman el Bueno, Duque de Alba, Guillermo Tell, Antonio de Leiva, Bernardo del Carpio y Pelayo.

Al que ha sabido arrancar gritos de desesperacion y de ódio

en Los hijos de Eduardo, Castigo y perdon, y Juan sin tierra.

Al legítimo y vigoroso intérprete de la elegante poesía y enérgicas concepciones

de Calderon, de Lope de Vega, Tirso de Molina, Moreto, Rojas y Moratin; de Casimiro Delavigne, Soulié y Bouchardy; de Martinez de la Rosa, Quintana, Duque de Rivas, Breton de los Herreros, Gil y Zárate, Hartzembusch y Vega; de Rodriguez Rubí, Zorrilla, Pacheco, Romero Larrañaga, Asquerino, Cañete, Escosura, Ariza, Navarrete y Ayala.

A D. JULIAN ROMEA

EL PRIMERO DE NUESTROS ACTORES Y NO EL ÚLTIMO DE NUESTROS POETAS.

Su amigo
J. M. Diaz.

PERSONAGES.	ACTORES.
ELENA.	Doña Matilde Diez.
CLEMENTINA.	Doña María Córdoba.
CARLOTA DE PRASLIN.	Doña N. Menendez.
ANDRES CHENIER.	Don Julian Romea.
MARQUÉS DE MONTMORENCI.	Don Florencio Romea.
TALLIEN.	Don José Calvo.
JOSÉ CHENIER.	Don Antonio Lozano.
ROBESPIERRE.	Don Pedro Sobrado.
LUIS CHENIER.	Don Lázaro Perez.
SAINT-JUST.	Don A. Gonzalez.
SALIGNAC-FENELON.	Don J. Plo.
TIBERIO.	Don M. Sotomayor.
CATON.	Don Luis Ucelay.
CIUDADANO 1.º	Don J. Albalat.
CIUDADANO 2.º	
DOS CARCELEROS.	

Hombres y mujeres del pueblo, niños, presos, guardias nacionales, diputados de la convencion, seccionarios etc.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa la plaza de...... Gentes del pueblo de diferentes edades y condiciones; mozos, niños, mujeres, ancianos, guardias nacionales, diputados, municipales etc. etc. Grandes corrillos: mucha animacion. Patriotas que entran y salen, hablan y peroran, disputan y se ponen de acuerdo. En primer término, izquierda del espectador, Clementina Laval-Montmorenci con dos niños; su trage y su fisonomía indican la mayor miseria. Un poco mas á la derecha, el ciudadano Tiberio, sentado, con varios periódicos en la mano; al lado suyo, Caton; alrededor de ambos algunos hombres del pueblo. En el centro cuatro ó seis diputados de la Convencion, entre ellos José Chenier; á la derecha del espectador y en primer término, cuatro ó seis ciudadanos de buenas maneras, vestidos á la republicana.

ESCENA PRIMERA.

José Chenier. Caton. Tiberio. Clementina. Ciudadano 1.º Ciudadano 2.º

Tiberio. Ciudadano Caton, no me impacientes;
(*Enseñándole los periódicos que tiene en la mano.*)
lo escrito es la verdad.

Caton. No falta alguno
que niega á Robespierre de buen patricio
el nombre.

TIBERIO. Y quién es él?
CATON. Murmuraciones
circulan...
TIBERIO. Vamos... qué?
CATON. De un precipicio
la república al borde...
TIBERIO. Te engañaron.
CATON. Cunde cierto rumor...
TIBERIO. Y quién la vende?
La aristocracia...
CATON. No; quien á los libres
lazos de infame servidumbre tiende.
TIBERIO. Ciudadano Caton, habla mas claro.
CATON. Tiberio, escúchame. Desde aquel dia
para la patria afortunado y grande
en que al impulso popular, el voto
que dió la Convencion, de la Gironda
dejó el partido descompuesto y roto.
Robespierre, Robespierre, el ciudadano
de mas provecho, á nuestra marcha incierta
prestó el vigor de su robusta mano.
TIBERIO. No es mal exórdio si el discurso es bueno.
CATON. Tiberio!...
TIBERIO. Escucho con la boca abierta.
CIUD. 2.° La nueva es oficial?
CIUD. 1.° El estandarte
republicano sobre el muro ondea
de la altiva ciudad que en el Escalda
funda su gran poder.
CIUD. 2.° A nuestro brio
el duque de Brunswik volvió la espalda?
CIUD. 1.° Ya era tiempo: á su vez nuestras banderas
el himno nacional y el gorro frígio
llevarán mas allá de las fronteras
CATON. Dicen que Robespierre planes medita
contra la Convencion; que en sus adentros
echó raices la ambicion maldita,
y que astuto y audaz callando acecha
glorias de dictador, porque la silla
del diputado le parece estrecha.
JOSE. Entre ese pueblo ó muchedumbre loca,
que todo absurdo como luz proclama,
que ébrio de indignacion, cuanta se vierte
sangre de hermanos le parece poca,
la sospecha sembré. Ya se le llama

templado á Robespierre; ya se le acusa
de hipócrita ó traidor y de ambicioso;
y esa acriminacion que va confusa
cundiendo en la ignorante muchedumbre,
en que se ahogue al fin, en que se queme
la lengua del terror, será la lumbre.

TIBERIO. No es posible, Caton; esos rumores
astucias son que vengativa esparce
la oculta sociedad de los traidores.
(*Asentimiento en el grupo que le rodea.*)
Lo escrito es la verdad.

CLEMEN. Hijos del alma!
ni un pedazo de pan tengo que daros!
Tan miserable estoy, que no me queda
ni llanto que verter para lloraros!

JOSE. Todo calla á su voz, justicia, leyes!...
Ofende mas á la razon su imperio,
que la opresion de los antiguos reyes.
La frente de Danton se alzaba noble
en la tribuna popular, y al cabo,
porque lo quiso Robespierre, el roble
de esta revolucion sano y robusto,
tronchado rueda y al caer ahonda
la oscura sima, la sangrienta charca
que Robespierre abrió con la Gironda.
No hay mas que Robespierre!

CLEMEN. Públicamente
el noble duque vuestro padre inclina,
servidor de su rey, la ilustre frente!
Huérfanos os dejó la guillotina!

CATON. No es Robespierre el que lo manda todo?

TIBERIO. Dicenlo así.

CATON. Su indicacion mas leve
el comité de salvacion no acoge,
y encuentra al punto de cumplirla modo?

TIBERIO. Por supuesto...

CATON. Y entonces, qué motivo
si la ambicion no es?...

CIUD. 1.° (*Con miedo.*)
Se me figura
que hay en la poblacion un movimiento
no acostumbrado...

CATON. La tendencia es clara...
Por qué vive Chenier? Porque es hermano
(*Señalando á José Chenier.*)

de aquel convencional...
TIBERIO. Hola! El poeta?
CATON. El mismo.
TIBERIO. Aquel que sin pudor sostuvo
de Luis Capeto la inocencia?
CATON. Cierto.
TIBERIO. Ya me acuerdo, Caton; primero, atleta
de nuestra libertad... despues...
CATON. La córte
le sedujo.
TIBERIO. Así fué.
CATON. Rendido amante
de Elena...
TIBERIO. Ya lo sé.
CATON. Los dos ahora
presos están y Robespierre se olvida...
JOSE. Ademas, mi interés. Entre cadenas
mi hermano vé desparecer su vida:
Andrés Chenier que en triste calabozo,
de nuestra libertad primer atleta,
siente morir con el vigor del mozo
la inspiracion brillante del poeta.
Inútil fué la diligencia mia!
Soy de la Convencion, y á su verdugo,
que es mi colléga al fin, pedí su gracia...
Me la negó! Para mayor tormento
mi padre duda y sin razon me ofende
de mi amor fraternal y hasta mi madre,
negándome el placer de su cariño,
lo que sufro sin ver, se une á mi padre.
(*Aparece Luis Chenier.*)
TIBERIO El padre de Chenier...
CATON. Vuelva el torrente
de salvacion y que el cadalso sea
de sangre noble inagotable fuente.

ESCENA II.

José Chenier. Caton. Tiberio. Clementina. Luis Chenier.
Ciudadano 1.º Ciudadano 2.º Pueblo.

(La agitacion de los grupos va en aumento; cántase á lo lejos la marsellesa. Atraviesan la escena dos ó tres presidentes de algunas de las secciones revolucionarias de París. Uno de ellos vuelve y se coloca en el grupo de Caton y de Tiberio, con los que entabla un coloquio muy animado y hasta violento. Los dos ciudadanos recorren los grupos del centro de la plaza y vuelven con el semblante demudado á su antiguo puesto. Clementina observa con terror cuanto sucede y de vez en cuando hace algun movimiento que da á conocer que teme por la seguridad de sus hijos. José Chenier, despues de perder de vista á su padre, continúa su diálogo con los otros diputados, que no dan importancia á lo que sucede, como gente acostumbrada á semejantes tumultos. El grito de «viva la república» dado al fin de la escena, lleva á su colmo la agitacion de los grupos.)

Jose. Padre mio...
Luis. Quién sois? Dos hijos tengo,
solo dos; uno entre prisiones mora,
prófugo el otro está... Dejadme el paso
libre... No me toqueis, por vuestra vida,
que á un viejo, como yo, matarle puede
el aliento no mas de un regicida.
Jose. No exaspereis mi condicion... Prudencia!
Que solamente á Dios, y no á los hombres,
debo el arcano abrir de mi conciencia!
Luis. Dejadme, pues.
Jose. A dónde vais?
Luis. En busca
de Bobespierre...
José. De Robespierre?
Luis. Ya es hora.
Vete á la Convencion, une su suerte
á la del mártir que la Francia llora...

hermano tuyo es él, vota su muerte.
No eres legislador? Paga el tributo
á esa demencia popular que toma
fueros de la opinion, y no te olvides
de sacrificios mil en Grecia y Roma.
Mas yo que padre soy, de sus tiranos
al primero hablaré; pondré á sus plantas
estos cabellos de mi frente canos,
estas lágrimas... Eh!... no las enjugues...
Lejos de mí tus regicidas manos!

VOZ. (*Dentro.*)
Viva la república!

ESCENA III.

JOSÉ CHENIER. CATON. TIBERIO. CLEMENTINA. CIUDADANO 1.º CIUDADANO 2.º PUEBLO.

(*Los dos ciudadanos dan cuenta á sus amigos de lo que se dice y de lo que pasa. A su tiempo se presenta la mujer de Tiberio. Mientras este se viste, el ciudadano Caton se separa un poco del grupo y observa con desconfianza la actitud indiferente de José Chenier y de los otros diputados. Cuando se oyen los tiros, los diferentes grupos se mezclan y se confunden. Una seccion de Jacobinos atraviesa la escena y saluda á Tiberio y á Caton: van armados de picas y de puñales, la mayor parte de ellos en mangas de camisa. Al grito de «Robespierre» toda aquella multitud se alegra y se felicita, menos José Chenier y sus compañeros, entre los que empieza á reinar cierta inquietud: el terror de Clementina vá en aumento.*)

CATON. Los Jacobinos son, que á estraordinaria
sesion acuden.
TIBERIO. Las secciones todas
se irán á reunir?
CIUD. 2.º Allí murmuran
de Robespierre.
CIUD. 1.º La agitacion es tanta,
que sin saber por qué, sin que me importe,
se me atasca la voz en la garganta.

CATON. Vamos á la seccion... Que se horripilen
los traidores!

TIBERIO. Mujer, mi carmañola...
(*Aparece y le dá la carmañola. Se la viste.*)
la patria está en peligro.
(*El grupo de Jacobinos entra en la escena.*)

CATON. (*Saludando.*)
Ciudadanos...

GRUPO. Salud.

CATON. Fraternidad.

TIBERIO. Marchemos.
(*Tiros á lo lejos.*)

CIUD. 1.° Hola!
Esto empieza muy mal... Bueno seria
que nos fuésemos... Eh?

CIUD. 2.° No es mala idea.

CIUD. 1.° Las turbas crecen.

VOZ. (*Dentro.*)
Robespierre!

CIUD. 1.° (*Deteniendo á sus compañeros.*)
Ni un paso!...

VOZ. (*Dentro mas cerca.*)
Robespierre!

PUEBLO. (*Aclamándole y agrupándose á su alrededor para verle.*)
Robespierre!

ESCENA IV.

ROBESPIERRE. JOSÉ CHENIER. CLEMENTINA. CATON. TIBERIO.

(*Un grupo bastante numeroso rodea á Robespierre; á la cabeza de este grupo Caton y Tiberio. Al pasar Robespierre al lado de Clementina, esta hace un movimiento de terror que llama la atencion de aquel. Las palabras de Robespierre van precedidas siempre de miradas frias, de sonrisas irónicas. Al saludo de los ciudadanos 1.° y 2.°, responde en un tono de desprecio ó de lástima. Las breves palabras que dirige á José Chenier se dirán con una entonacion siniestra.*)

TIBERIO. Lenguas mordaces
te calumnian.
ROBESP. Lo sé.
TIBERIO. Pérfida trama
se urde en la Convencion; de la Gironda
los restos se congregan.
ROBESP. (*Mirando á Chenier.*)
Impotentes
son.
TIBERIO. Tu bondad nos perderá.
ROBESP. (*Idem á Chenier.*)
La llama
de la revolucion no muere nunca.
TIBERIO. No duerme la traicion.
ROBESP. (*Idem á Chenier.*)
Hay guillotina.
TIBERIO. Irás al club?
ROBESP. Iré.
TIBERIO. Será preciso
que hables...
ROBESP. (*A Clementina.*)
Quién eres tú?
CLEMEN. Yo?... Clementina
Laval-Montmorenci.
ROBESP. Y esos dos niños
son tus hijos?
CLEMEN. Y qué?

ROBESP. Cuando se es madre
se defiende mejor lo que es el fruto
y fué el amor de su difunto padre.
Orgullo siempre!
(*Robespierre observa con atencion al grupo de Chenier que soporta sus miradas con firmeza.*)

CATON. (*A Tiberio.*)
Ves? La mejor raza...
Laval-Montmorenci...

TIBERIO. No tiene duda.

CATON. Hay mucho de verdad en lo que cunde.

TIBERIO. Yo le diré que si de plan no muda,
el gran prestigio de su nombre se hunde.
(*Con insolencia.*)
Robespierre!

ROBESP. Para qué?

TIBERIO. Lo que tú hicieres...
bueno será.

ROBESP. Salud á mis colégas.

JOSE. Fraternidad.

CIUD. 1.° Insigne ciudadano,
tu nombre será eterno!

ROBESP. Petimetres!
Odio en el corazon y servilismo
cuando quieren hablar... Ni un sentimiento
grande para su patria... El egoismo!...
(*Váse.*)

CIUD. 2.° Vámonos.

CIUD. 1.° Pronto; que respire el pecho
con mas tranquilidad, aunque el saludo,
seguro estoy de que impresion le ha hecho!

ESCENA V.

José Chenier. Clementina. Tallien, *al fin de la escena.* Tiberio. Pueblo.

(*Aclamaciones á Robespierre hasta que la distancia no permite oirlas. Un grupo bastante numeroso ha seguido á Robespierre. Otros permanecen en la plaza. Clementina y sus hijos en su puesto. Es de noche.*)

Tallie. Gracias á Dios!
Jose. Tallien, qué desventura
nos amenaza?
Tallie. Oid: somos hermanos?
Jose. Sí, sí; la suerte nos unió en el triunfo.
Tallie. Y nos junta al morir?...
Jose. Tallien cobade?
Tallie. Cuando es inútil á mi ver la luchar.
Jose. Nunca, Tallien, para luchar es tarde...
combatiremos y el que venza...
Tallie. Escucha...
y estremécete al fin!
Jose. Refiere en calma
lo que importare mas.
Tallie. Astuta lengua
calumnia á Robespierre.
Jose. Ya sé la historia
del descontento popular... y al cabo
el nuevo dictador guardia pretoria
lleva á su alrededor... Dentro de poco
le hemos de ver subido en la carreta,
ó escarnecido á nuestros pies por loco.
Lo que pasa ya sé.
Tallie. Mas lo que ignoras
yo te voy á decir... Contadas tiene
de nuestra vida Robespierre las horas!
Jose. Tallien!
Tallie. Es la verdad. Los desvarios
de esta mi juventud desarreglada
me lo hicieron saber.

JOSE. De qué manera?
TALLIE. El modo y la ocasion importan nada.
JOSE. Tiempo ha que débil Robespierre tolera
nuestra incisiva oposicion. Su acento
debilitado, sin vigor...
TALLIE. Muy pronto
de nuevo rujirá...
JOSE. La Francia entera,
la Convencion...
TALLIE. La Convencion? La Francia?
Danton y la Gironda, qué se hicieron?
La Convencion los entregó al verdugo,
la Francia los lloró; pero aunque zumba
su voz enalteciendo nuestra historia,
para Danton y la Gironda tumba
no levantó el país, porque su gloria
ofende á Robespierre!...
JOSE. Y sin combate
es fuerza sucumbir?...
TALLIE. Si ánimo tienes
para arrostrar tan vigoroso embate,
yo el primero seré que en la tribuna
sacuda el peso que humillando abate
la humana dignidad...
JOSE. Díme los nombres
de las futuras víctimas...
TALLIE. En esas
tablas de proscripcion, infame rito
que impone el dictador y torpe aclama
la muchedumbre, Robespierre ha escrito
tu nombre, el mio, el de Barrás, los nombres
de cien colégas...
JOSE. Y en tan duro trance,
qué medidas tomar?...
TALLIE. Vamos despacio;
de la revolucion en el camino,
mas que en las antesalas de un palacio
es fácil resbalar y la cabeza
cae de los hombros, si se pierde el tino...
Prudencia y decision!
JOSE. Desde esta noche,
ninguno de los dos, ni uno de cuantos
para escabel de su ambicion destina,
duerma al abrigo de su propio techo...
TALLIE. Ni falte arrojo, ni prudencia sobre;

y entre esa gente que callando espera
aurora mas feliz, mejores dias...

JOSE. La guardia nacional vé con espanto
del comité de salvacion la senda.

TALLIE. Tanto suplicio y desafuero tanto
condenará tal vez, pero obcecada...

JOSE. Yo por completo arrancarré la venda
de sus ojos, Tallien...
(*Clementina se acerca poco á poco al grupo de los representantes.*)

TALLIE. Mal grado suyo,
la Convencion escuchará asombrada
su acusacion, y si las turbas gritan
(*Sacando un puñal.*)
y él la verdad de mis palabras niega...

CLEMEN. Una limosna...

TALLIE. Desgraciada?
(*Aparece Caton seguido de algunos Jacobinos y se acerca al grupo de los representantes. Hachones.*)

CLEMEN. Y noble
de condicion... Mis hijos...
(*José Chenier le dá una moneda.*)

CATON. Clementina
Laval-Montmorenci?...

CLEMEN. Tal es mi nombre...

TIBERIO. De órden de Robespierre...

CLEMEN. (*Devolviendo la moneda.*)
No necesito
la limosna: tomad: la guillotina
me espera; adios...

JOSE. Una mujer! dos niños!...

VOZ. (*Dentro, lejos.*)
Robespierre! Robespierre!

JOSE. Vuelven las turbas...
(*Tallien observa los grupos de la plaza.*)
Tallien, qué observas?

TALLIE. (*Con júbilo.*)
En la plaza nadie
á la terrible aclamacion responde...
(*Murmullos de indignacion en los grupos.*)

JOSE. Vamos...

TALLIE. No ves? En sus murmullos hierve
la indignacion.

JOSE. Y Robespierre? A dónde
se encamina?

TALLIE. (*Al pueblo.*)
Los buenos ciudadanos
estos son, aquí están; junto á nosotros...
diestra robusta y corazones sanos...
(*Se mete entre los grupos, les habla y los abraza. Lo mismo hace José Chenier y los otros representantes del pueblo.*)
VOZ. (*Dentro, mas cerca.*)
Robespierre!...

ESCENA VI.

ROBESPIERRE. JOSÉ CHENIER. TALLIEN. TIBERIO. PUEBLO.

(*Robespierre precedido de una turba de Jacobinos. Agitacion, efervescencia en los grupos de la plaza. José Chenier, Tallien y los otros diputados serenos, impasibles. Durante la arenga de Tiberio, Robespierre fija sus miradas en los grupos silenciosos á cuya cabeza se han puesto José Chenier, Tallien y sus compañeros. La fisonomía de Robespierre espresa inquietud, disgusto; reflexiona, se sonrie y aparece profundamente tranquilo cuando habla.*)

PUEBLO. (*Entrando.*)
Robespierre!...
TALLIE. Dejad que pasen
en torpe procesion los Jacobinos...
JOSÉ. Silencio, hélos aquí...
TIBERIO. (*Arengando de una manera estravagante.*)
Mucho se espera
de tu elocuencia, Robespierre; ya es tiempo
de que sepamos la mejor manera
de salvar el país.
(*Aplausos. Aparte.*)
(Se me figura
que estoy de inspiracion.)
(*Al pueblo.*)
La patria se hunde
por tu escesiva tolerancia... crece
la aristocracia... la traicion... confunde
la libertad...
ROBESP. Salud á mis colégas...
TALLIE. Fraternidad á Robespierre.

JOSE. Y á dónde
con tanto aplauso?
ROBESP. Al club; los Jacobinos
me esperan; pronto acabaré.
JOSE. Energía,
rey de la Convencion...
ROBESP. Siempre chancero!...
Que alumbre á todos al nacer el dia!

ESCENA VII.

ROBESPIERRE *se retira acompañado de* CATON *y de los Jacobinos. Las gentes que habia en la plaza se agrupan al rededor de* JOSÉ CHENIER, *de* TALLIEN *y de otros diputados. Agitacion.*

TALLIE. Y si la Convencion sorda ó cobarde
de mi elocuencia al generoso grito
no se subleva al fin, público alarde
haciendo del honor... nuestro derecho,
la religion, la libertad, las leyes,
la sociedad á nuestras propias manos
deban la salvacion... renueve el hecho,
de unos pocos la fé, que en los romanos
tiempos el nombre eternizó de Bruto,
(*Blandiendo el puñal.*)
y acatando la ley de esos comicios
que junta Robespierre, dése el ejemplo
de que levante en su entusiasmo al crímen
la agradecida humanidad un templo.
Corra su sangre al pié de la tribuna;
salga de allí la libertad con gloria,
respire la virtud, descanse el mundo
de tanta ajitacion; y si la historia,
lo que en Roma aplaudió, condena en Francia,
la humanidad esforzará su grito,
y ella sabrá decir que en sus altares
no ha menester la libertad que corra,
sin causa ni razon, la sangre á mares.
(*José Chenier, Tallien y los otros diputados desaparecen entre los grupos. Cae el telon.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La consergería. Una verja de hierro en el fondo; dos puertas; la de la derecha comunica con el tribunal revolucionario; la de la izquierda es la entrada general. A la derecha y á la izquierda, las habitaciones de los presos. Multitud de presos de ambos sèxos, que forman diferentes grupos y hablan en voz baja. Al levantarse el telon, el marqués de Montmorenci se separa de uno de los grupos y se entra en una de las habitaciones de la derecha.

ESCENA PRIMERA.

Salignac-Fenelon. Elena. Carlota de Praslin, *en traje de relijiosa, un poco retirada.*

Salign. Bien, hija mia! Ese llanto,
merced con que Dios te ayuda,
que de tus ojos desciende
sobre mis manos convulsas,
llanto es de arrepentimiento,
Jordan que lava tus culpas,
pobre gacela perdida
del mundo en la red confusa!

ELENA. Perdida no, padre mio!
No hay pecado en mis locuras
de amor, que en el fondo viven
del corazon muy ocultas,
sin que haya sabido el mundo
si fueron pocas ó muchas.

SALIGN. Prosigue. Deje el rubor
á un lado culpables dudas,
que es del Señor la clemencia
tan espontánea y tan pura,
como es en la mar que el viento
azota, la blanca espuma.

ELENA. Oidme, pues. Yo he nacido
señor, de tan noble alcurnia,
que el escudo de mis armas
alzado sobre mi cuna,
recuerda al blason de Francia
los hechos que mas le encumbran.

SALIGN. No lo ignoraba. Por eso
aqui te hallarás, segura
prision de estado que llaman,
umbral cercano á la tumba
que abren al rico y al noble
sin causa, ni ley, las turbas.

ELENA. Las auroras de mi vida,
que son auroras de púrpura
infancia y adolescencia
hermanas que mueren juntas,
las auroras de mi vida
pasaron una por una
de Versalles á gran trecho,
entre feudales columnas,
al aire libre del campo,
sobre cojines de plumas.
Ni un pesar, ni una dolencia
clavó en el alma su dura
flecha! Recuerdo hermoso,
no me atormentes!...

SALIGN. Enjuga
esas lágrimas, Elena.

ELENA. Mi obediencia y desventura
lleváronme hasta la corte,
y esclava allí de la injusta
razon de estado, incliné
mi frente á nupcial coyunda.

Ni galanteos del conde,
ni su gallarda apostura,
ni sus alcázares ricos
sembrados de alfombras turcas,
ni el esplendor opulento
de su privanza me ofuscan...
y en el altar obediente
un sí mi lábio pronuncia;
pero un sí, que el alma fria,
desalentada repugna.
Desde ese dia funesto,
bajel soberbio que empujan
con su soplo el huracan
y el mar con sus ondas turbias,
sin que estorbe la violencia
de sus embates sañuda
que al puerto llegue, en sus cofas
luciendo sus vestiduras,
asi, radiante de orgullo,
de cien cortesanas luchas
triunfé yo, bajel soberbio
que el viento y las ondas burla,
rosa que vive entre espinas
sin que la hieran sus puntas.

SALIGN. La mano de Dios te tuvo
con su omnipotencia suma,
que es el peligro mayor
alli donde se acostumbra
vestir trage á la mentira
que por su gala seduzca.

ELENA. Dejadme acabar. A poco
de aquella jornada inmunda
que manchó la dignidad
del rey en su frente augusta,
sin razon víme en la calle
vilipendiada... Me acusan
de ser noble, y un mancebo
en tal situacion me escuda,
que fué mi egida su nombre,
y fué su brazo robusta
palanca de destruccion
que cuanto encuentra derrumba.

SALIGN. Cómo se llama?

ELENA. Chenier.

SALIGN. No le conozco.

ELENA. Le injuria
vuestra ignorancia, señor...
Su nombre el espacio cruza,
sus trobas de amor fascinan,
sus cantos de gloria alumbran,
la fama tendió sus alas
por sostenerse á su altura.

SALIGN. Prosigue.

ELENA. Desde ese dia
yo sentí, como ninguna
mujer sintió, del amor
la llama ardiente y profunda.
El jóven republicano
á mi belleza tributa
respeto al pronto... mas luego
de esa á veces iracunda
pasion de amor arrastrado...

SALIGN. Infeliz!

ELENA. Con frente adusta
oí cuanto me dijeron
sus labios, y en esa pugna
que arma contra la virtud
la pasion que nos subyuga,
como en el alma no habia
mas Dios que la imágen suya...

SALIGN. Elena!...

ELENA. Perded cuidado,
mi lengua no ha dicho nunca
secretos que irán, si puedo,
conmigo á mi sepultura;
pero le amo y este amor
crece, señor, y me asusta,
porque me falta energia
para encadenar sus furias.
al grito de mi conciencia
que sin descanso me punza.

SALIGN. Y él está aquí?

ELENA. Noche y dia
su amoroso afan me impulsa;
me encuentra, me habla, me pinta
su agitacion y su angustia;
me vé triste y de mis penas
por la ocasion me pregunta...
Qué he de hacer en tal estremo?
Cansada de amarle muda

le diré por fin...
(*Carlota se coloca junto á Elena.*)

SALIGN. (*A Carlota.*)
Carlota?...

CARLOT. La esposa de Dios ya busca
de un sacerdote la mano,
antes de morir!

SALIGN. Injusta
sentencia del tribunal
te condenó!

CARLOT. Quién se cura
de saber en tiempos tales,
si fué la sentencia justa!

SALIGN. Tienes razon. De rodillas
(*Se arrodillan Elena y la religiosa.*)
ante Dios sus criaturas!
Sus bendiciones derrame
sobre las dos y si juzga
necesario el Redentor
sembrar de espinas agudas
vuestro camino, hasta ver
de su mansion las alturas,
la oracion os fortifique
en prueba tan tremebunda
y de Dios la voluntad
sin murmuracion se cumpla!
(*Se levantan.*)

ESCENA II.

SALIGNAC—FENELON. ELENA. EL MARQUÉS DE MONTMORENCI. ANDRÉS CHENIER. CARLOTA *en el fondo.*

MARQ. (*A Chenier.*)
Ya veis que tuve razon.

ANDRES. Para mí la soledad
es todo y mi sociedad
la llevo en el corazon.

MARQ. (*Aparte.*)
(Poética estravagancia!)
(*Señalando á los grupos de los presos.*)
Mirad cómo lucen todos
aristocráticos modos...

Esto es Versalles, es Francia!
(*Dirigiéndose á Elena.*)
Aqui se respira al menos
atmósfera cortesana!

ANDRES. (*Aparte.*)
Alegre, y quizás mañana!...

MARQ. (*En alta voz.*)
Salud á todos los buenos!

ELENA. (*Con aire de reconvencion.*)
Marqués de Montmorenci!...

MARQ. Elena, aunque no os importe,
diré que os encuentro aquí
mucho mejor que en la córte.
Es la verdad; noto en vos
cierta tinta de amargura
que os presta mas hermosura,
mayor encanto por Dios!
Tal vez la consergería
produzca milagros tales...
Veinte y seis años cabales
tengo yo dia por dia,
y nunca estuve mejor...
Económico además
me han hecho ser, y jamás
gocé de tan buen humor.

SALIGN. No le lleveis á ese punto...

ELENA. Tened prudencia, marqués...
(*Se retira y toma asiento sobre un banco de madera junto á la mesa.*)

SALIGN. No hableis así, que despues...

MARQ. Salignac, mis labios junto.

ELENA. (*Aparte mirando á Andrés Chenier.*)
Allí está!

ANDRES. (*Aparte.*)
Siempre llorosa!

MARQ. (*Recorriendo los grupos.*)
Y hay gente nueva y lucida...
(*A un carcelero.*)
Qué tal se pasa la vida,
mastin?

ANDRES. Está mas hermosa!

MARQ. (*A Andrés Chenier.*)
Qué haceis en ese rincon?
Venid conmigo... Esa mano...
(*Andrés le dá la mano.*)

Aunque sois republicano,
no os falta buen corazon.
(*Presentándole. Saludos.*)
Elena, el señor Chenier
republicano... y poeta...

ANDRES. (*Picado.*)
Mucho, marqués, os inquieta
mi condicion...

MARQ. Os diré...
(*Elena y Salignac se confunden entre los grupos.*)
Comprendo la poesía
con reyes que dan pensiones;
poeta en revoluciones
no lo comprendo á fé mia.

ANDRES. No sabeis que fuí soldado?

MARQ. En esta ó en la otra edad?

ANDRES. Mi pendon la libertad...

MARQ. Soberbia paga os han dado.

ANDRES. Poco le importa al que mozo
espera en el porvenir...

MARQ. Sí.. en tanto os podeis morir
metido en un calabozo.

ANDRES. Bendigo mi esclavitud.

MARQ. Teneis mal gusto, Chenier.

ANDRES. Seré mártir de mi fé...

MARQ. Del pueblo á la gratitud
aquí sepultaros plugo,
y despues la guillotina...

ANDRES. Un pueblo nunca asesina.

MARQ. Mas se convierte en verdugo.

ANDRES. Ese pueblo soberano
que llaman el pueblo-Rey,
si ha puesto sobre la ley
algunas veces su mano,
lo hizo mas que de insolente,
de incauto y desprevenido,
pues, necio, nunca ha sabido
conocer á quien le miente.
Los crímenes con que insulta
á la razon su ignorancia,
esos crímenes que en Francia
y fuera de Francia abulta
la astuta maledicencia...

MARQ. Si probarme intentareis,
que ni noticia teneis

de su brutal insolencia?
ANDRES. Un pueblo en revolucion
al huracan se asemeja,
y ante el capricho no ceja,
ni ceja ante la razon.
MARQ. Es decir que está demente...
ANDRES. Y cuando así le veais,
dique ninguno opongais,
que hareis mayor el torrente.
MARQ. Luis diez y seis practicó
eso mismo que decís
y á poco tiempo en París,
martir de Francia, murió.
ANDRES. No renoveis la memoria
del rey Luis!
MARQ. Y por qué no?
ANDRES. Porque he sostenido yo,
floron de mi humilde historia,
su inocencia y su virtud...
MARQ. Será cierto?
ANDRES. Le mataron
los mismos que condenaron
el pueblo á la esclavitud,
despues que con grandes hechos
la popular muchedumbre
llevó gozosa á la cumbre
la tabla de sus derechos.
MARQ. Pobre Francia!
ANDRES. No. Su nombre
de nuestro dogma recibe
mas brillo!...
MARQ. Si el pueblo escribe
con sangre!
ANDRES. Dejad que el hombre
penetre en lo mas profundo
de ese abismo; que su mano
rasgue el misterioso arcano
de esta edad que asombra al mundo.
La fria posteridad
dirá, que al ver en girones
el dogma de sus pendones
y en llanto la humanidad,
de su culpable abandono
el pueblo se alzó jigante,
y nuevamente arrogante

monarca sobre su trono,
á los instintos humanos
dió suelta del corazon,
y el hierro de proscripcion
pedazos hizo en sus manos.

MARQ. Mas mientras se despereza
el tal jigante y embiste,
á mí, sin que nadie chiste,
me cortarán la cabeza.

ELENA. Marqués de Montmorenci,
callad; nos comprometeis!

MARQ. Costumbre!... Ya lo sabeis.
Realista puro!... Eso si!...

ELENA. Guardad mas prudencia, vos...

ANDRES. Lo haré.

MARQ. Buen republicano!
(Presentándola la mano.)

ELENA. Vamos, pues, dadme esa mano.
(Elena coloca la mano de Chenier sobre la del marqués.)

MARQ. El trono, la Francia y vos!

ESCENA III.

ELENA. SALIGNAC-FENELON. CARLOTA. ANDRÉS CHENIER. EL MARQUÉS DE MONTMORENCI. ROBESPIERRE. SAINT-JUST. CATON. CARCELEROS. PRESOS.

(*Elena, Carlota y Salignac-Fenelon se retiran á un lado; cesan las conversaciones y la animacion en los grupos de los presos. Andrés Chenier, despues de responder á las palabras de Robespierre con una mirada de desprecio, se sienta junto á la mesa que ocupaba antes Salignac-Fenelon, saca del bolsillo un cuaderno de papel y escribe en él con su lapicero: el marqués de Montmorenci se dirije á los grupos y procura disipar en ellos el terror que les ha causado la repentina aparicion de Robespierre y de Saint-Just; Caton se coloca el centro del escenario á cierta distancia de Robesenpierre y de Saint-Just.*)

SALIGN. (*Levantándose.*)
Robespierre!
ROBESP. Saint-Just, lo dicho:
por mas que tú me conjures,
no quiero dejar la senda
que me tracé. Si presumen
que es un bien para mi patria
mi muerte, que no se ofusquen;
porque no me asusto yo
del sacrificio, si es útil.
SAINT-J. Ni por tan nécios nos tengas,
ni tan pequeño te juzgues.
Si aceptas la lenidad
como sistema, es inútil
buscar entonces remedio
á nuestros males.
ROBESP. Impulsen
otras manos esa máquina
descompuesta, que ya cruge
en poder de los traidores
que ébrios de esperanzas bullen.

SAINT J. Quiénes son? Sus nombres dime...
ROBESP. Los olvidé; pero si urje
por el bien de nuestra causa
conocerlos, que los busquen
en ese papel tus ojos
y los hallarán; resúmen
es de alguna conferencia
que ha dias con ellos tuve.
(*Le da un papel.*)
SAINT-J. Tallien, Bourdon, Lecointre,
Chenier, Barrás.
ROBESP. (*Recojiendo el papel.*)
Me propuse
olvidar hasta sus nombres...
SAINT-J. Como chispas de la lumbre
saltaron los Jacobinos...
Qué importa que te calumnien?
Allí tu poder es solo.
La Convencion al empuje
de las secciones en vano
resistirá.
ROBESP. No me injuries
creyendo que aceptaria...
SAINT-J. El comité se confunde
en planes sin acertar...
ROBESP. Hoy mismo, Saint-Just, pronuncie
la suerte, entre las facciones
y yo, su juicio... Insalubre
debe ser esta prision...
Hay mucha gente...
SAINT-J. Me incumbe
saber lo que has decidido;
los Jacobinos acuden
á ti por mi voz. Qué hacemos?
Del comité se reunen
los miembros y al nuevo dia...
ROBESP. Si no hacen algo, se hunden.
SAINT-J. Está bien.
ROBESP. La Convencion
me ha de oir. La muchedumbre,
si es fiel y republicana,
se moverá, como cumple
á su conciencia...
(*Reparando en él.*)
El poeta

Chenier!... Soltad vuestro númen;
la fria posteridad
hará vuestro nombre ilustre.
(Chenier le mira con desprecio y continúa escribiendo. El marqués pasa con desenfado por delante de Robespierre y de Saint-Just.)
Quién es ?

SAINT-J. Un Montmorenci...

MARQ. Servidor.

ROBESP. Con certidumbre,
Saint-Just, de no equivocarme,
permíteme que te anuncie
que irá el marqués á la muerte
sin que la muerte le asuste.
(Se entra en el tribunal.)
(Viendo á Fenelon.)
Quién eres tú?

SALIGN. Salignac
Fenelon...

SAINT-J. Patriota ó duque?

SALIGN. Soy sacerdote.

ROBESP. Está bien...

SALIGN. Que Dios tu razon alumbre!

ESCENA IV.

ELENA. SALIGNAC-FENELON. CARLOTA. ANDRÉS CHENIER. EL MARQUÉS DE MONTMORENCI. SAINT-JUST. CATON.

SAINT-J. Mañana en la Convencion
que los patriotas se junten;
su brazo se hará justicia
de tanto vil como impune
toma en sus bancos asiento.
Mañana llega á la cumbre
de su gloria la república,
ó en la Convencion sucumbe.
La vida de Robespierre
envuelta corre entre nubes
que es forzoso disipar.
De esta prision insalubre

purifíquese la atmósfera.
Me entiendes?

CATON. Tengo costumbre
de comprenderte.

SAINT-J. Salud,
Caton.
(*Entra en el tribunal.*)

CATON. Y viva el que triunfe.
(*Se vá por la entrada general.*)

ESCENA V.

ELENA. SALIGNAC-FENELON. CARLOTA. ANDRÉS CHENIER. EL MARQUÉS DE MONTMORENCI.

MARQ. Gracias á Dios!... Mi deseo
satisfice.

ELENA. A Robespierre
conocísteis?

MARQ. Oh placer!
No he visto un hombre mas feo.
(*Elena y Salignac hacen un movimiento de disgusto.*)
Sí, señores; lo repito,
pues aunque estoy en prision,
no tengo la obligacion
de confesar que es bonito.

ELENA. Sí; es verdad, pero no es justo
que por esa niñeria
tengamos el mejor dia,
señor marqués, un disgusto.

MARQ. Teneis, Elena, razon;
pero mi génio es asi.

SALIGN. El génio, señor, aquí...

MARQ. Pídoos de nuevo perdon.

ELENA. No ha sido la falta mucha.

SALIGN. Pecado de inesperiencia
nada mas.

MARQ. No sé la ciencia
de mentir.
(*A Salignac-Fenelon. El marqués se acerca á la mesa en que está Chenier.*)

ELENA. Inútil lucha,

Buen Salignac!... Se imagina
que mas nombradia alcanza...

SALIGN. Y sin remedio se lanza
él mismo en la guillotina.

MARQ. (*A Andrés Chenier.*)
Escribís?

ANDRES. Distraigo un poco,
marqués, la imaginacion.

MARQ. Agradable ocupacion!
Si no me llamárais loco,
y entremetido, y...

ANDRES. Por qué?

MARQ. Quisiera...

ANDRES. Vaya una idea!
Leer lo que escribo?... Sea.
Aguardad y acabaré.
(*Deja á Andres y vuelve al lado de Elena.*)

MARQ. Una gran noticia, Elena...
el republicano escribe
y en estos momentos vive
absorto!...

ELENA. Y yo de su vena
qué puedo esperar?

MARQ. No es nada!...
Un buen rato.

ELENA. Y de qué modo?

MARQ. Lo tengo arreglado todo:
oid, que es buena humorada.
Figúrese cada cual
que allá en Tolosa vivimos
y á la lectura asistimos
de un trobador provenzal.
Rica sala esta prision
será de escudos y cascos,
y de lucientes damascos
esta banqueta, sillon.
(*Colocando la banqueta en medio.*)
En ella, noble portento
de gracia y de donosura,
señora de la hermosura,
Elena, tomad asiento.
(*Hace que Elena se siente en la banqueta.*)
Esa esclava multitud
(*Coloca á Salignac-Fenelon á la derecha y á la izquierda á Carlota.*)

que á vuestra espalda teneis
es vuestra corte; aquí veis
la prudencia y la virtud;
y en los ayes lastimeros
que os traiga temblando el aura,
los cantos oid que á Isaura
entonan sus caballeros.
Qué tal? No es bueno el humor?
(*Chenier se levanta y guarda el lapicero. El marqués se dirige á él y le quita el manuscrito de la mano.*)
Acabó... Silencio, pues...
ya están, ó reina, á tus piés
(*Entregándole la composicion de Chenier.*)
la troba y el trobador...

ELENA. No sé si deba...

ANDRES. Señora,
podeis hacerlo, si os place.

ELENA. Leo mal.

ANDRES. Me satisface
que vos seais mi lectora.

ELENA. (*Leyendo.*)
«Cautiva, no por que llores
tu triste cautividad,
podrás quitar á las flores
de tu belleza primores,
ni esperanzas á mi edad.
Fija tus ojos en mí,
cautiva, yo te lo ruego,
porque al nacer recibí
de los poetas el fuego
y el corazon para tí.
Si tú pretendes que viva
mantenga la inspiracion
y ardiente aplauso reciba,
no me cierres, no, cautiva,
las puertas del corazon;
que son mis cantares perlas
de amor, que el pecho derrama
junto al Dios que ha de cojerlas
y si este á sí no las llama,
será forzoso perderlas.
Ven, pues, y si mi cuidado
no hirió, cautiva, tu pecho,
niégame con desenfado

á tu cariño el derecho;
la compasion á mi estado.
Mas dame hasta que despierte
de mi sueño en la otra vida,
y en ella consiga verte,
dame, cautiva, á mi muerte
tu llanto por despedida.»

MARQ. La troba es original!...
Y está enamorado el hombre!
Si será?... Se dice el nombre
de la cautiva?

ANDRES. No tal.

ELENA. (*Devolviendo el manuscrito á Andrés Chenier.*)
Prudente fué el trobador!

ANDRES. Debe serlo quien bien ama.

MARQ. Qué diablos!... Cómo se llama?

ANDRES. Es un secreto de amor.

MARQ. Y os ha parecido bien?

ELENA. Me agrada la poesía.

MARQ. (*Con malicia.*)
Y esa cautiva... Seria?...

ELENA. No sé .. lo ignoro tambien.
(*Redoble de tambores.*)
Un redoble!

MARQ. Asi parece.

SALIGN. A quién tocará el martirio?

ANDRES. Mas víctimas! Un delirio
de sangre los enloquece!

CATON. (*Dentro.*)
«Condenados á la pena de muerte por el tribunal re-
«volucionario, como traidores á la república.»
(*Movimiento de terror y de curiosidad en los presos; unos se acercan á la verja para oir mejor; otros retroceden llenos de sobresalto.*)

CATON. (*Dentro.*)
Montalembert, Loiserolles,
Crequi, Trenck, Roucher.

ELENA. Qué horrible
vida!

ANDRES. Parece imposible
que alumbre á esa gente el sol!
(*Los carceleros abren la verja de hierro y entra por ella Caton acompañado de soldados.*)

ESCENA VI.

ELENA. ANDRÉS CHENIER. EL MARQUÉS DE MONTMORENCI. SALIGNAC-FENELON. CARLOTA. CATON. PRESOS. SOLDADOS. CARCELEROS.

ELENA. Dios eterno! Piedad! Que no se acuerden
del infeliz Chenier!
CATON. (*A Elena.*)
Me tienes miedo,
ciudadana?
ELENA. Por qué? Yo estoy segura
de que mi nombre...
CATON. Oid...
(*Leyendo.*)
« Condenados á la pena de muerte por el tribunal re-
« volucionario, como traidores á la república. »
La ex-religiosa
Carlota de Praslin...
(*Carlota se arrodilla á los piés de Salignac.*)
CARLOT. O padre mio!
Dadme la bendicion, y de clemencia
inagotable fuente, hirviente rio,
en el seno de Dios encuentre el alma
inalterable paz!
SALIGN. A la que hermosa
vivió en el mundo en oracion postrada
hoy llama Dios á su mansion dichosa.
CATON. (*Leyendo.*)
Salignac-Fenelon...
ANDRES. } Él!
MARQ. }
ELENA. Vos!
SALIGN. (*Con dignidad; al fin con entusiasmo.*)
De nada
sirve llorar... La voluntad se acate
del Supremo Hacedor... Esta amargura
la ardiente fé del corazon no abate.
(*A Elena y al marqués que le tiende la mano.*)
« Hosanna, Hosanna » en las alturas truene!
Gloria al Señor que en las alturas vive!

Gloria al que Santo perdonó el delirio
del pueblo de Israel, y mi cabeza
corona con la palma del martirio!
(Todos los presos tristes y conmovidos se retiran á sus habitaciones. Los soldados rodean á Salignac que se retira apoyado en Carlota; el redoble del tambor deja de oirse poco á poco.)

ESCENA VII.

ELENA. ANDRÉS CHENIER. LOS DOS CARCELEROS *en el fondo.*

ANDRES. Ya, Elena, pasó el torrente
de sangre, sin que en los dos
tropezára su corriente.
ELENA. Por ambos vela clemente
sin duda en el cielo Dios!
ANDRES. Brille á mis ojos, hermosa,
la blanquísima azucena
de tu frente ruborosa...
Mientras vivamos, no es cosa
de verla marchita, Elena.
Por qué tan triste, por qué?
Te ofende el amor que siento?
Mi boca indiscreta fué,
porque ha entregado á mi acento
los delirios de mi fé?
ELENA. Andrés, estraño el humor
de tu loca fantasia.
No has visto há poco el terror?
ANDRES. Solo tengo, Elena mia,
los ojos para mi amor!
Ya sé que el feroz encono
domina en Francia á la ley;
sé que en su torpe abandono
delirante el pueblo-Rey
con sangre amasa su trono.
Pero sé tambien que hay gloria,
y en el espacio armonía,
y luz radiante en el dia,
cuando traigo á la memoria
tu imágen, Elena mia.

Sé que bajo un mismo techo
tenemos vida los dos,
mi corazon satisfecho
del altar, que hay en mi pecho
para tí, mi patria y Dios:
y en el dulce arrobamiento
del alma junto á ese altar,
no te imagines que miento,
embelesado no siento
el rugido popular.

ELENA. Yo si, porque sus antojos
la Francia siembra de luto,
y no quisiera despojos
del alma, darle en tributo
las lágrimas de mis ojos;
tesoro que guardo aquí,
tesoro que galanteo
con amante frenesí,
porque es el solo recreo
que Dios me reserva á mí.
Tú podrás en otros dias,
del génio rizada espuma,
templar tus melancolias
al son de las poesías
que hallan su ser en tu pluma...
pero yo...

ANDRES. De este quebranto
libre, tendrás el encanto
de un mundo que á tu decoro...

ELENA. No me queda mas tesoro
que el tesoro de mi llanto,
y alguna de esta prision
memoria desventurada
que atormente mi razon.

ANDRES. Elena; no sientes nada?
no hay eco en tu corazon?...

ELENA. No me calumnie tu boca;
no penetres en la vida
de un alma que estando loca,
porque tu acento la invoca,
parece que está dormida.
Andrés, ya es culpa tu empeño;
no quieras. Andres, no quieras
desarrugar este ceño
de mi frente; no prefieras

la realidad á mi sueño.

ANDRES. Yo he nacido y me he criado
bajo esa bóveda azul,
claro dosel inflamado
que el Señor ha levantado
á la soberbia Stambul;
y como en mi corazon
llevo de su sol fecundo
la llama eterna, razon
de esta insensata pasion,
que igual no tiene en el mundo;
no estrañes, Elena, no,
que se alce mi voluntad
imperativa, y que yo
del pecho que la escondió
quiera arrancar la verdad.

ELENA. Andrés, olvida ese empeño.

ANDRES. Yo sueño en mis desvarios
un porvenir halagueño
de amor; Elena, yo sueño....

ELENA. Tus sueños no son los mios!
Mi mente nunca se lanza
al porvenir, porque á ver
su luz confusa no alcanza,
porque no quiero perder
ni sombras de mi esperanza.
No sueño yo con la idea
de un amor que es un abismo,
no sueño yo con que sea
su aroma la panacéa
del mal que lleva en sí mismo.
Por eso, cuando radiante
de júbilo hervir le siento
dentro del alma, al instante
sujeta mi noble aliento
su intrepidez de gigante,
y á pesar de esa inquietud
con que me punza y me ahoga,
no rompe su esclavitud,
que hoy mismo entre afanes boga
vencedora la virtud.

ANDRES. Elena, por compasion!
Elena, que tu mirada
me trastorna la razon!

ELENA. Si yo, Andrés, no siento nada!

No hay eco en mi corazon!

ANDRES. Una palabra, y te adoro
como á Dios!... Descubre un tanto
de ese misterio el encanto.

ELENA. Yo no tengo mas tesoro
que el tesoro de mi llanto.
Y este amor que guardo en mí
porque es un delito en mengua
del juramento que dí,
Andrés! Andres!... ni por tí
será indiscreta mi lengua!

ANDRES. Adios, pues!... Cautiva... Adios!...

ELENA. Andrés, que el cielo te guarde!

ANDRES. Pasion que entre sombras arde...

ELENA. Digna es, Andrés, de los dos
porque ha de morir muy tarde!

ANDRES. Elena, hasta que dispierte
de mi sueño en la otra vida
y en ella consiga verte.

ELENA. Mi llanto de despedida
no ha de faltar en tu muerte!

ANDRES. Elena! Es verdad? Tu lloro
de mi sepulcro el rocio
será?

ELENA. Lo juro.

ANDRES. O tesoro!
Velad por ella, Dios mio!...

ELENA. Con toda el alma le adoro!

(Elena entra en las habitaciones de la derecha: Andrés Chenier en las de la izquierda. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del acto segundo. Una lámpara en el fondo.

ESCENA PRIMERA.

ELENA. LOS DOS CARCELEROS *en el fondo.*

No está !... por qué se ha marchado?
No vivo tranquila, oh! Dios!
si no le tengo á mi lado!
Andrés!

ESCENA II.

ELENA. EL MARQUÉS DE MONTMORENCI. LOS DOS CARCELEROS.

MARQ. Elena, sois vos?
Qué haceis por aqui á esta hora?
ELENA. No es tarde.
MARQ. Las cinco.
ELENA. Sí?
MARQ. Y á las cinco reina aquí
grande oscuridad, señora...
Habeis comido?
ELENA. Pues no?
Y vos?
MARQ. Elena, es temprano:
conservo del cortesano
las buenas costumbres yo.
La comida por la noche.
ELENA. Y el almuerzo por la tarde.
MARQ. Qué quereis? Aquí hago alarde
de todo, menos del coche.
ELENA. Siempre de tan buen humor!
MARQ. (*Con malicia.*)
Supísteis al fin el nombre
de la cautiva?
ELENA. Para hombre
sois muy curioso.
MARQ. Mejor;
y hay mas, Elena; sospecho
que es de la córte esa dama.
ELENA. Os dijo él cómo se llama?
MARQ. Si es un sepulcro aquel pecho!
No conseguí me dijera...
ELENA. Hizo bien, que publicar
un tal secreto...
MARQ. Callar,
es cosa que hace cualquiera.
ELENA. Marqués...
MARQ. Dónde vais, señora?
ELENA. A distraer esta vida.

MARQ. Presenciad nuestra comida,
sereis nuestra escanciadora.
ELENA. Tan lujoso es el banquete?
MARQ. Cómo bien.
ELENA. Y comeis solo?
MARQ. Viviendo yo con Apolo
no es fácil que un taburete
quede en mi mesa vacio;
el vate republicano
me acompaña. El pecho mio
le quiere mas que á un hermano!
Es buen muchacho...
ELENA. Me inquieta
su porvenir.
MARQ. Tan prudente...
tan embustero...
ELENA. Qué! miente?
MARQ. No ha de mentir si es poeta!
Si miente!... Me aseguró
que no tiene la cautiva
original, cuando yo
sospecho...
ELENA. Decid... que aviva,
marqués, mi curiosidad
vuestra sospecha. Quién es?
MARQ. Teneis empeño?
ELENA. Marqués,
quiero saber la verdad.
Es bonita?
MARQ. Como el alba.
ELENA. Graciosa?
MARQ. Como las flores.
ELENA. Y alguna vez tuvo amores?
MARQ. Muchos fueron los que salva
hicieron á su belleza.
ELENA. Soltera?
MARQ. Lo fué en su dia.
ELENA. Viuda?
MARQ. No tal.
ELENA. Qué?... Seria
casada?
MARQ. De la estrañeza
me asombro.
ELENA. Vivió en palacio?
MARQ. Algun tiempo.

ELENA. Está emigrada?
MARQ. No es tan bienaventurada.
ELENA. Vive aquí?
MARQ. Vamos despacio,
Elena... tanto deseo...
ELENA. Curiosidad.
MARQ. Lo presumo.
ELENA. La curiosidad es humo
casi siempre.
MARQ. No lo creo.
ELENA. Malicioso andais, por Dios!
MARQ. Es cortesana costumbre.
ELENA. No hagais caso de la lumbre
si á vos no os quema.
MARQ. Sois vos.
ELENA. De veras?
MARQ. Apostaria
la mitad de mis blasones.
ELENA. No dividais en porciones
tan noble genealogia.
(*Aparece Andrés á la puerta de su calabozo.*)
MARQ. Si al fin descubro ese arcano...
(*Viéndole.*)
Andrés.
ELENA. Si nos escuchó!
(*Presentándole la mano.*)
Besad, señor cortesano.
MARQ. En su presencia?...
ELENA. Pues no?
Si le amára os diera yo,
marqués, á besar mi mano?
(*Se la besa el marqués.*)

ESCENA III.

ELENA. EL MARQUÉS DE MONTMORENCI. ANDRÉS CHENIER. LOS DOS CARCELEROS.

ANDRES. Perdonad, si interrumpí
tan grata conversacion.
(Se abrasa mi corazon

de celos, triste de mí!)

MARQ. Qué os sucede? Habeis mudado
la color?

ANDRES. Calenturiento
un poco.

MARQ. Mucho lo siento.

ANDRES. Por mí no tengais cuidado.

ELENA. El marqués me preguntaba
de vuestra cautiva el nombre,
y que era yo, no os asombre,
frenético aseguraba.

ANDRES. En mucho el marqués os tiene,
y hace bien, que valeis mucho!

MARQ. (*Aparte.*)
Señor, cuanto mas le escucho,
mas me figuro...

ELENA. A qué viene
tan negra melancolia?

ANDRES. Fué dichoso el cortesano
que al fin os besó una mano!

MARQ. (*Aparte.*)
Celos son, por vida mia!
Y en mis barbas...

ELENA. Es usanza
de córte en la mano un beso;
besóla el marqués por eso.

ANDRES. Mucho en la córte se alcanza!

ELENA. (*Con ternura: estrechándole una mano.*)
Chenier, no os sentis mejor?

MARQ. Se me figura que sí.

ANDRES. Sufro tanto!...

MARQ. (*Ironia.*)
Aislado aquí,
sin que nadie en su dolor!...

ANDRES. Montmorenci!

ELENA. Qué teneis?

ANDRES. El corazon rebentando.

MARQ. No hay duda.

ELENA. Y estais llorando?

ANDRES. Estas lágrimas que veis,
las arranca un pensamiento
muy triste, Elena.

ELENA. Y ha sido?

ANDRES. Elena, el profundo olvido,
en que mas para tormento

que para bien, corre incierta
mi vida; apenas aqui
entré, cerró tras de mí
el rencor aquella puerta;
y ha meses que espero en vano
dentro de este calabozo
sentir el ardiente gozo
de ver á un padre, á un hermano,
á cualquiera de los dos,
porque los dos en el mundo
la prueba son en que fundo
mi amor y respeto á Dios!

ELENA. Y ninguno ha parecido
por esta oscura prision!

MARQ. Es fruta de la estacion;
lo propio me ha sucedido.
No he visto á mi pobre hermano
desque en la cárcel estoy...

ELENA. Chenier, las angustias de hoy
quédense para mañana.
Reid con alegre risa,
cantad en la lira de oro
de vuestro amor el tesoro,
de les jardines la brisa.
la templada luz que lanza
purísimo el sol de mayo,
y el mal encubierto rayo
de vuestra amante esperanza.
Reid, y á tantos enojos
vereis que os depara el cielo
en un amigo el consuelo,
la recompensa en mis ojos;
y de humilde recompensa
no tacheis el galardon,
porque es por su precio inmensa
si nace del corazon.
Reid y dejad el lloro
para esta pobre muger,
que lágrimas han de ser
(*Dominando su agitacion*)
al fin su mejor tesoro...
No mas tristezas, por Dios...
Montmorenci, cortesano
nacísteis... besad mi mano.
(*El marqués se la besa.*)

(*Dando á Chenier su pañuelo.*)
Tomad mis lágrimas vos.
(*Vdse.*)

ESCENA IV.

Andrés Chenier. El Marqués de Montmorenci. Los dos Carceleros.

Marq. No ha estado mal la salida:
ardides son cortesanos...
hizo bien.
Andres. Tengo en mis manos
su llanto... Prenda querida!
(*Viendo al marqués que se dirige á su calabozo.*)
Dónde vais?
Marq. A disponer
el ordinario banquete...
No venis?
Andres. Qué hora?
Marq. Las siete,
y antes que todo es comer.
(*Se entra en su cuarto.*)

ESCENA V.

Andrés Chenier. José Chenier. Los dos carceleros.

Jose. Andrés!
Andres. (*Abrazándole.*)
Hermano mio! Mi despecho
de olvidadizo te acusó mil veces;
perdóname.
Jose. De qué? Por qué agotando
del infortunio las amargas heces,
de mí tu triste corazon dudaba?
No era posible que hasta mi llegase
tu desesperacion!
Andres. Tambien proscrito!
Jose. Andrés, acaso lo estaré mañana!

ANDRES. No, no es posible; tu cintura ciñe
la banda tricolor; tienes asiento
en la asamblea popular y en ella
mas de una vez electrizó tu acento
á la exaltada muchedumbre.
JOSE. Entonces
no era yo lo que soy: ante mis ojos
se desdobla con respeto santo
pendon teñido de colores rojos,
enseña vil de proscripcion y llanto.
Hoy al contrario, desgarré la venda
que me ofuscaba y por honrar mi nombre
mi planta corre en la contraria senda.
No imagines, Andrés, que arrepentido
vuelvo al redil de esclavitud bastarda...
ni quiero proscripcion, ni busco reyes;
mas Francia es libre y por lo mismo aguarda
orden y libertad, justicia y leyes!
ANDRES. Justicia y libertad! Palabras huecas
en nuestra patria son; de sus destinos
el genio audaz de Robespierre dispone,
y á su sangrienta voluntad no hay medio
de resistir; la Convencion juguete
de sus caprichos es; cuanto propone
fuerza alcanza de ley; desaparecen
razas enteras, inocentes muchas,
y su importancia y su prestigio crecen.
JOSE. Andres, escucha; subterránea, sorda,
hierve la indignacion; se agita y cunde
el descontento popular y el yugo
de Robespierre al fin sacudiremos.
Tallien, Bourdon, Barrás, cuanto de noble
la montaña salvó de su verdugo,
cede á estas horas al impulso doble
del honor y el deber: tal vez mañana
la Convencion recobrará los fueros
que Robespierre holló.
ANDRES. Pura y galana
aparezca esa luz que Francia espera,
como la lluvia que sedienta pide
para la oculta mies la primavera.
Húndanse á nuestra voz los edificios
que con sangre amasó la tiranía;
ni tregua, ni descanso á esos comicios
del nacido en Arras...

JOSE. Para que el dia
brille sin nubes, por mi amor te ruego
que domines, Andrés, la audacia loca
de tu entusiasta corazon de fuego.
De tanta dicha el prematuro gozo
oculta en lo mas hondo, y si es posible
no abadones tu triste calabozo.
Ya se ha empeñado la postrera lucha.
Ay de tí, pobre Andrés, si enfurecido
recuerda el dictador que eres mi hermano,
que eres Andrés Chenier!... Solo el olvido
salvarte puede!

ANDRES. Sepultarme en vida?
No osar, si viene, á su mirada torva
alta mi frente presentar, radiante
de gloria y de virtud?

JOSÉ. No mas ardiente
late tu corazon que late el mio,
y sin embargo, se escondió mi frente
y por tu vida sujetando el brio
de mi elocuencia y mi rencor, mi puesto
allá en la Convencion quedó vacio.

ANDRES. José!

JOSE. Si no por mí, por nuestro padre!
Cede á mi voluntad. Que no te vean,
Andrés!... Recuerda que tenemos madre!...
(*Andrés se arroja en los brazos de su hermano.*)
Llora, hermano infeliz!

ANDRES. Há mucho tiempo
que no la he visto!

JOSE. Sin vergüenza llora;
que no deshonran lágrimas que salen
del corazon, Andrés!

ANDRES. Madre querida!

JOSE. No hay pesadumbres que á su afan igualen
cuando habla de su Andrés.

ANDRES. Y el pobre anciano?
Y mi padre? Disfruta de la vida
como merece, en paz?

JOSE. Si alza la mano
es para bendecirte!

ANDRES. Yo supongo
que estarás á su lado noche y dia;
que sobre tí su bendicion primera...

JOSE. No me habla, no me vé, me desconoce...

ANDRES. Imposible...

JOSE. Así es. No bien mi voto
dí contra el rey, de mi conciencia esclavo,
de nuestro mútuo amor el nudo roto
fué por su voluntad y Jacobino
con desprecio me llama, y regicida
me grita sin cesar cuando le encuentro,
y yo mi indignacion y mi cariño
todo junto á la vez hundo aquí dentro.
(Luis Chenier aparece detrás de la verja de hierro. Enseña á uno de los carceleros un papel: el carcelero abre la verja y le permite entrar.)

ANDRES. Silencio... Quién será?

LUIS. *(Al carcelero.)*
Su firma es esta.

ESCENA VI.

ANDRÉS CHENIER. JOSÉ CHENIER. LUIS CHENIER.

(Los dos carceleros en el fondo. José Chenier se sienta junto á la mesa, reflexivo, á veces inquieto. Andrés Chenier sale al encuentro del nuevo interlocutor. Es de noche. Los carceleros encienden la única lámpara que alumbra la escena.)

ANDRES. *(Reconociendo á su padre.)*
Padre mio!

LUIS. Mi Andrés!
(Se abrazan.)

JOSÉ. *(Aparte.)*
Cuánto le quiere!
Pobre viejo! Es feliz!

ANDRES. Sois vos? Proscrito
por ventura?

LUIS. No tal; tu sobresalto
cese; no hay hombre que resista al grito
del amor paternal, si vá tan alto
como mi acento fué.

ANDRES. Lágrimas corren
de vuestros ojos, enjugarlas quiero.

LUIS. Déjalas ¡ay! que bienhechoras borren
los surcos del dolor. Déjame verte

y alegrarme! No ves cómo me rio
yo, pobre anciano, á quien quizás la muerte
mañana ahogue con su abrazo frio?
Andrés! Mi pobre Andrés!

ANDRES. Y de qué modo
pudísteis penetrar en la clausura
de esta prision?

LUIS. Atropellé por todo,
y he visto á Robespierre; el alma dura
del nuevo Sila enterneció el acento
de este padre infeliz... su firma es esta.
(*Enseñándole un papel.*)
Puedes leer.

ANDRES. (*Leyendo.*)
«8 Thermidor.—El ciudadano Luis Chenier puede
«ver á su hijo Andrés Chenier, preso en la conser-
«gería.—Robespierre.»

JOSE. (*Con desesperacion.*)
No hay mas que esta esperanza!

LUIS. Quién? Vos aquí?... La indignacion estrecho
encuentra el corazon. Por vuestro hermano,
convencional insigne, qué habeis hecho?

JOSE. Mi deber.

LUIS. A este triste calabozo,
de vivos panteon, con qué derecho
venís?

JOSE. Señor...

LUIS. Vuestro deber! Entonces
(*José Chenier vuelve á ocupar su asiento.*)
de esta prision examinad las puertas:
impedid que al girar sobre sus goznes
la justicia de Dios las deje abiertas:
la víctima está aquí, sujeta al yugo
del amor fraternal... tened cuidado,
que es presa al fin que agradará al verdugo.

ANDRES. Padre mio, por Dios!...

LUIS. No te figures
que le he dado un pesar... No se conmueve
por un hermano quien bebió en la copa
de la revolucion, y delirante
la cabeza de un rey lanzó á la Europa.

JOSE (*Levantándose.*)
Basta ya de sufrir! Tened la lengua!
No me precipiteis!...
(*José Chenier se pasea: agitacion.*)

LUIS. Y qué osarías
contra tu padre hacer? Si para mengua
de la naturaleza tu delirio
á tal estremo te arrojase, ardiente
grito de maldicion estallaría
como un rayo de Dios sobre tu frente.

JOSE. (*Exasperado.*)
Padre mio!

LUIS. Cain!... Huye del dia,
busca la oscuridad, que olvide el mundo
que en tus venas corrió la sangre mia.

ANDRES. No, padre mio, no: tierno y profundo
es su amor fraternal; el abandono
en que me tuvo su cariño es santo,
porque en la soledad de su retiro
el pensamiento de enjugar mi llanto
le acosaba tenaz; dad un respiro
á vuestra indignacion... no la merece.

LUIS. Qué hicísteis por Andrés?

JOSE. (*Con amargura.*)
Vos qué habeis hecho?

LUIS. Mientras tú ciego y á los gritos sordo
de un padre anciano, en la civil revuelta,
de la ambicion á las inquietas alas
entregabas audaz el pensamiento
y el alma toda; mientras tú, de turbas
insensato orador, dabas al viento
arengas torpes y en la noble escena
de Racine y Moliere les ofrecias
el pasto fraternal de sangre tinto,
apotëosis de crueldad, recuerdo
de infausta lid que estremeció á Corinto;
yo con mi llanto en soledad amarga
su destino lloré, maldije osado
su atroz persecucion. Y no contento
con la esterilidad de mis gemidos,
al corazon le demandé el aliento
de mi edad juvenil, y respondióme
prestándome vigor. El pobre anciano
que en la córte de un rey no quiso nunca
costumbres aceptar de cortesano,
humilde y sin rubor tocó en la puerta
del nuevo dictador republicano,
y abrióle Robespierre... Sin sonrojarme
abracé sus rodillas; á sus plantas

puse la ancianidad de mis cabellos,
y mis lamentaciones fueron tantas,
que al fin me respondió « Dentro de poco
de su prision saldrá.» Cuando en mi oido
su acento resonó, volverme loco
del contento creí!

JOSE. Le habeis perdido!

LUIS. Le he salvado!

JOSE. Infeliz!

LUIS. Pues qué? Querias
le abandonase en tan amargo trance?...
Y en tanto tú por él, qué es lo que hacias?

JOSE. Me callaba, señor!

LUIS. Famosa ciencia,
que no ha estudiado el corazon de un padre!
Es este de esa noble independencia
de que tan alto blasonais el fruto?
Ni á hablar os atreveis en la presencia
de vuestra santa libertad, ni irrita
vuestra ruda virtud republicana
la sociedad que moribunda os grita
« justicia ó compasion! »

JOSE. Calumnia torpe.
si contra mí lanzais el anatema.

LUIS. Miserable!

ANDRES. Señor, es inocente...
puro y sin mancha para gloria suya
su nombre ha de vivir de gente en gente.
No le acuseis, porque su acento nunca
faltó á la humanidad...

LUIS. Su voto impio
contra Luis diez y seis...

ANDRES. Al cielo plugo
el tronco derribar de nuestros reyes...
Si su conciencia habló, no fué verdugo,
y no le condeneis que es para el hombre
de la conciencia omnipotente el yugo.
Y en mí de esta verdad hay un ejemplo.
Preso me veis? La libertad con todo
aquí, en mi corazon tiene su templo!

CATON. Chenier, te espera el tribunal... ya es hora.

LUIS. (*Arrojándose en los brazos de Andrés.*)
Hijo mio!

JOSE. Infeliz!

LUIS. Hecho pedazos

de tí me apartarán.

ANDRES. La resistencia
es inútil, señor, y la esperanza
no os debe abandonar.

LUIS. (*Dirigiéndose á Caton.*)
Es inocente,
es inocente. Por mi honor lo juro!...

CATON. Chenier, ya es tarde; el tribunal te espera.

ANDRES. Hermano mio!

JOSE. Adios.

LUIS. Hijo del alma!

ANDRES. Una lágrima tú?...

JOSE. No es la primera
que derramo por tí. Bendito el cielo!
Bendito Robespierre si es la postrera!
(*Andrés entra en el tribunal: Luis Chenier como alelado: José Chenier se pasea: inquietud, agitacion.*)

ESCENA VII.

LUIS CHENIER. JOSÉ CHENIER. *Poco despues* TALLIEN. LOS DOS CARCELEROS *en el fondo.*

JOSE. Ya es forzoso apresurar
en la Convencion el golpe.
Qué hará Tallien que no viene?
(*Aparece Tallien en la verja de hierro, un carcelero abre la verja.*)

LUIS. Ni una palabra se le oye
de compasion ó de pena!
(*Luis Chenier se dirige á la puerta del tribunal y desaparece.*)

JOSE. Tallien! Tallien!

TALLIE. No des voces.
Prudencia!

JOSE. Qué resultado
de la entrevista?

TALLIE. Los hombres
del centro en la Convencion
nuestros proyectos acogen;
los restos de la Gironda

aceptan sin condiciones
nuestro plan, y los atletas
de la montaña mejores
al pendon que levantemos
se agruparán uniformes.
En la sesion de mañana,
José, no ha de haber mas norte,
ni otro guia, que mi acento;
allí donde yo coloque
la discusion, allí está;
si Robespierre se dispone
á responderme, el tumulto,
la confusion y el desorden
mas espantoso, los gritos
del Verres moderno ahoguen.
Si demanda en la tribuna
libertad, no nos importe
rasgar tan santo derecho,
que el terror es el resorte
de su sistema y si él habla,
acaso nos abandonen
en el combate los mismos
que aconsejaron el choque.
Jugamos nuestras cabezas,
y en ese juego es de torpes,
ó de locos, acordar
iguales las condiciones.
Juguemos, pues, con ventajas;
tengamos pulso en el corte
que un solo naipe estraviado
conciertos de un siglo rompe.
Y si Robespierre domina
la Convencion, no te asombre
de que al pié de la tribuna
yo la justicia me tome,
que entre victima, ó verdugo
mi fé lo segundo escoge.
Me has entendido?

JOSE. Si tal.

TALLIE. Estás resuelto?

JOSE. Y conforme.

TALLIE. El puñal...

JOSE. Si es necesario.

TALLIE. Nada de contemplaciones.

JOSE. No habrá compasion.

TALLIE. Mañana...
ó leales, ó traidores!...
El Capitolio, ó la roca
Tarpeya!

JOSE. Y que Francia entone
alegres himnos de triunfo,
ó funerales canciones!

TALLIE. Vamos.

JOSE. Andrés está allí!

TALLIE. Me estraña, José, que llores.
(*Aparece nuevamente Luis Chenier, triste y pensativo.*)

JOSE. Le condenarán!...

TALLIE. Y bueno!
La misma fortuna corre
que los dos. La guillotina
hasta las cuatro no pone
en juego su mecanismo,
y á las cuatro ya zanjóse
nuestro negocio y seremos
vencidos ó vencedores.

JOSE. Aquel anciano es mi padre!

TALLIE. Vuelve pronto.

JOSE. (*Arrodillándose.*)
En oraciones
pasad la noche, señor;
quizás vuestros votos logren
para mí el favor del cielo!

LUIS. Que Dios, José, te perdone
y en todo te favorezca!
(*Se vá con Tallien despues de besar la mano á su padre.*)

TALLIE. Ciudadano, buenas noches.

ESCENA VIII.

LUIS CHENIER. LOS DOS CARCELEROS.

LUIS. Es posible que á su hermano
en situacion abandone
tan embarazosa? Puede
ser mi sangre quien esconde

la cabeza ante el peligro,
porque no se desmorone
esa popularidad,
de su vida impuro goce?
Es hijo de mis entrañas
quien obra así? Dios le ahorre
de pesar en su existencia
cuanto hay en mi afan de enorme!

ESCENA IX.

LUIS CHENIER. ROBESPIERRE, *que sale del tribunal.* LOS DOS CARCELEROS *en el fondo.*

LUIS. Robespierre, tú me ofreciste....
ROBESP. Anciano, cuál es tu nombre?
LUIS. Chenier.
ROBESP. Ya recuerdo ahora
mi promesa; y lo que entonces
ofrecí, cumplir te juro:
pero antes debe su informe
el tribunal escribir...
para eso está allí... A las doce
de esta noche ya sabrás
que no es mi conducta doble.
Te ofrecí que el hijo tuyo
saldria de estas prisiones
muy pronto y lo cumpliré.
Quieres mas?
LUIS. Que cuando invoques
á Dios, le ofrezcas en pago
de su bondad, mis dolores,
si quieres el bien de un padre,
como tu acento supone!
(*Luis Chenier entra en el tribunal.*)

ESCENA X.

ROBESPIERRE. SAINT-JUST, *que entra por la verja.* LOS DOS CARCELEROS.

SAINT-J. Robespierre...
ROBESP. Qué ha decidido
el comité?
SAINT-J. Que la causa
de la república triunfe.
ROBESP. De qué modo?
SAINT-J. Mis palabras
serán pocas, porque el tiempo
es corto para salvarla.
Escucha; á la Convencion
iremos tú y yo mañana.
En la tribuna yo mismo
espondré de nuestra patria
la situacion infeliz;
envueltas mis amenazas
irán, como va entre nubes
el rayo. La perspicacia
conocerá de los mas
las víctimas que señala
el dedo de la justicia,
y hasta la misma montaña
esquivará una contienda
que habria de serle infausta.
Barrás, Bourdon y Tallien...
ROBESP. Saint-Just, me pesa en el alma
que el diputado y poeta
José Chenier...
SAINT-J. (*Sacando una cartera y escribiendo con su lápiz.*)
Me olvidaba
de su nombre.
ROBESP. Un insensato
que el tiempo y la tinta gasta
en escribir, lo que nadie
se atreve á escribir en Francia.
SAINT-J. Si la Convencion se niega
á lo que pide y reclama

la seguridad del pueblo,
el pueblo hará de sus armas
el uso correspondiente,
y con dolor ultrajada
veremos la majestad
de la asamblea. Si es tanta
la ceguedad de los buenos
y de los malos la audacia,
que intenten por otra senda
caminar de mas templanza
y ahoguen del comité
la voz imponente y santa,
el comité desde luego
en rebelion se declara,
y á Robespierre, presidente
del triunvirato proclama.

ROBESP. Hará mal en rebelarse...
la Convencion es sagrada.
La fuerza pública está ?...

SAINT-J. Como conviene: la manda
Henriot, republicano
de corazon.

ROBESP. Eso basta.

SAINT-J. Haremos nueva edicion
de las sangrientas jornadas,
que amasaron de Marat
el pedestal y la estátua.

ROBESP. Saint-Just, si á muerte condenan
á Chenier, fuerza es que caiga
su cabeza, algunas horas
antes de la acostumbrada.
Quiere salir lo mas pronto
que pueda de aqui... La estancia
le abruma; asi me lo dijo
su padre, un hombre con canas,
y obedecer á un anciano
es gran virtud, por lo rara.

ESCENA XI.

ROBESPIERRE. SAINT-JUST. LUIS CHENIER, *que sale del tribunal.* LOS DOS CARCELEROS *en el fondo.*

LUIS. Ni verle, ni oirle pude!
ROBESP. Qué tienes? Cobra esperanzas...
Saldrá pronto de esta cárcel,
que á sus promesas no falta
Robespierre: el tribunal
hará justicia y mañana
á la luz del medio dia
verle podrás...
LUIS. Dios lo haga!
ROBESP. Qué buen padre! De Chenier,
Saint-Just, la cabeza caiga
sin compasion, horas antes
de la hora acostumbrada.
(*Robespierre y Saint-Just salen de la escena por la verja de hierro que abren los carceleros. Luis Chenier se sienta junto á la mesa.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

La misma decoracion del acto tercero.

ESCENA PRIMERA.

El Marques de Montmorenci.

Mísero anciano! de su justa pena
era tanto el dolor que no podia
el infeliz llorar! Desventurado
padre de Andrés! Mi mano compasiva
le socorrió. Montmorenci, cumpliste
como quien viene de esa raza antigua
que en sus blasones, sobre campo de oro,
la cruz de gules con orgullo timbra.
La desvalida ancianidad derechos
tiene y el hombre que en negar se obstina
á la vejez su compasion, su brazo
si tambien de su brazo necesita,
ni en Dios espere, si la pide, ayuda,
ni el mundo crea que su sangre es limpia.

ESCENA II.

El Marqués de Montmorenci. Andrés Chenier, *que sale del tribunal.*

Andres. Montmorenci?
Marq. Yo soy.
Andres. Bendito seas,
Dios de la cristiandad, pues no te olvidas
de ofrecer al dolor que me acongoja
consuelo grato y ocasion propicia!
Marq. Qué me quereis?
Andres. A mi amistad jurásteis?...
Marq. Recíproca amistad, y mientras viva,
no mentiré de mi palabra y mano
la nobleza feudal.
Andres. Ya llegó el dia,
Montmorenci, de confesar al mundo
que el juramento aquel no fué mentira.
Marq. Decid...
Andres. El tribunal me ha condenado
á muerte.
Marq. A vos? A vos?
Andres. De mi familia
el patriotismo recordé á mis jueces,
el nombre pronuncié de un regicida
por testimonio; repetí mis cantos
á esa santa vision pura y benigna
que llaman libertad, entre torrentes
de sangre fraternal desvanecida:
les hablé del deber, de la conciencia;
los fueros proclamé de la justicia,
y ellos á todo respondieron juntos
dos palabras no mas: «La guillotina!»
Marq. Mónstruos!....
Andres. No os altereis; tened la lengua.
Marq. Condenaros á vos, en quien escita
la libertad el entusiasmo ardiente
de la espartana juventud, altiva
raza que á Roma presentó en su historia
lecciones que aprender?

ANDRES. Las maravillas
de Roma no evoqueis; dejad á Grecia
sus hojas de oro de enseñanza ricas,
que al fin mi nombre brillará en la historia...
si hay quien la historia de mi patria escriba!
Me han condenado y sucumbir es fuerza:
os digo la verdad, no me intimida
la muerte: oid lo que de vos espero.

MARQ. Hablad: no repareis... Por las cenizas
de mi padre lo juro!

ANDRES. El mio queda
sin amparo en el mundo! Mi desdicha
va á traspasarle el corazon!... Mi madre
es una anciana que en el mundo habita
por milagro de Dios, porque es su alma
emanacion de la virtud divina!
Dadles consuelo en el amargo instante
que sepan la verdad; de sus mejillas
el llanto enjugareis, como si fuéseis
un hijo de su amor... Tal vez os pidan
un pedazo de pan!... En su miseria
no los abandoneis!... Se moririan!...

MARQ. Os lo prometo, Andrés! Puesto de hermano
en mi pecho teneis!

ANDRES. Dios te bendiga,
mi hermano de prision!
(*Se abrazan.*)

MARQ. Qué mas deseas?

ANDRES. Nada mas.

MARQ. Nada mas?

ANDRES. Aquí se agita
la ardiente llama del amor: la muerte
bastante no será para estinguirla.
Nunca sabrás de mi adorada el nombre!
Su decoro es mi ley. Pobre cautiva!
Ni aun el consuelo en mi afliccion me queda
de enviarte mi postrera despedida!
Guárdete Dios y correrá tu llanto,
ángel de amor, sobre mi tumba fria!

CATON. (*Desde la puerta del tribunal.*)
El tribunal, Montmorenci, te espera...

ANDRES. Hermano!

MARQ. Ya lo ves! Juntas caminan
nuestras estrellas... Mas si mueren juntas,
que esa turba soez envilecida,

contemple en nuestra faz, sobre el cadalso,
noble serenidad, blanda sonrisa!
(*Entra el marqués en el tribunal acompañado de Caton.*)

ESCENA III.

ANDRÉS CHENIER.

Morir! Volver á la nada!
En lo mejor de la edad
lanzar la postrer mirada
al mundo y hacer mi entrada
tan pronto en la eternidad!
La eternidad! Corazon,
en tan hondo cementerio
no penetra mi razon;
respeto á ese panteon
que Dios convierte en misterio!
Del dia la vanidad
camina siempre al ocaso!
Asi de la humanidad
va la vida paso á paso
corriendo á la eternidad!
Es el olvido profundo
de la humana creacion,
ó es la muerte en conclusion
de la verdad de este mundo
la sola revelacion?
No lo sé; indagar no quiero
lo que de niño creí...
Vendados los ojos muero...
Solo sé que en Dios espero,
y que Dios me aguarda allí!
(*Dándose en la frente.*)
Y aqui sin embargo habia
alguna cosa!... Torrente
de insultante poesía,
que exasperabas un dia
confusas masas de gente,
(*Amanece.*)
Ven á mí, que ya la aurora

comienza y de lejos zumba
de un pueblo la voz sonora,
diciéndome que ya es hora
de que yo baje á mi tumba.
Ven á mí! Soberbio reta
á un pueblo que está demente!
Que, al sucumbir, el poeta
tranquilo muestre en su frente
la dignidad de un profeta.

ESCENA IV.

ANDRES CHENIER. ELENA.

ANDRES. Elena!... Por qué razon
turbada y despavorida?
ELENA. El sueño ahonda la herida
abierta en mi corazon!
Dispierta tengo mas vida!
Quiero vivir contemplando
al ser que en mis sueños ví;
quiero vivir escuchando
mas de cerca el eco blando
que allá en mis sueños oí.
El viento sobre sus alas
le trajo de flor en flor,
y á su inocente rumor
vistió mi mente sus galas,
secó su llanto el amor.
ANDRES. Retírate; no conviene
que juntos los dos aqui...
ELENA. Escúchame, Andrés.
ANDRES. No.
ELENA. Si.
ANDRES. Sus leyes el mundo tiene.
ELENA. Yo te lo ruego por mí.
ANDRES. Por tí te suplico yo
que vuelvas bajo ese techo
que el mundo te señaló...
ELENA. Con qué razon, ni derecho?
ANDRES. Tu mismo decoro...
ELENA. No.

He visto, Andrés, entre auroras
por vez primera en mi edad,
tranquilas y encantadoras,
pasar muchas, muchas horas
de amor y felicidad:
he visto un campo de flores
cuyas cabezas mecia
el viento y muchos colores
que mas brillantes hacia
el sol con sus resplandores.
Sobre ese campo de mies
y de flor, tendióse un manto
de rojo color, Andrés,
y al pronto temblé de espanto...

ANDRES. No cuentes lo que despues
has visto...

ELENA. El tranquilo sueño..
no arranques de mi memoria;
mitiga, Andrés, el empeño
de que olvide tan risueño
fantasma que fué mi gloria.
El viento desvaneció
aquel color y ante un dia
tan puro, cual no se vió,
de misteriosa armonía
grato concierto se oyó.
Era una voz de esperanza,
sublime, atrevida, inquieta,
que solo un alma interpreta,
si amando, á sentir alcanza
la inspiracion del poeta.
Una voz...
(*Grandes carcajadas en el tribunal.*)
Andres!
(*Precipitándose en sus brazos.*)

ANDRES. Mortal
y entre mis brazos!

ELENA. Me espanta
de esa torpe bacanal
el ruido. Con risa tanta,
quién se goza?

ANDRES. El tribunal.

ELENA. El tribunal!... Y en sesion!
Y á estas horas!... Y él aquí!...
Se estravia mi razon!...

Acaso... triste de mí!...
no me late el corazon!...
El terror mi sangre hiela!...

ANDRES. Elena, vuelve á tu lecho;
tu agitacion desconsuela
y no sin razon mi pecho.

ELENA. Por qué?... Por qué estás en vela?

ANDRES. Capricho, casualidad...
si mas te place, locura!

ELENA. No me escondas la verdad.

ANDRES. No tal.

ELENA. Pues de tu alma jura,
Andrés, por la eternidad!

ANDRES. Solo jura el que es impío.

ELENA. Y el que á sabiendas no miente.

ANDRES. Vuelve á tu lecho, bien mio.

ELENA. Despues que de tal desvío
la causa tu labio cuente.

ANDRES. Nunca.

ELENA. Andrés! Rásguese el velo
de este misterio profundo.
Saber la verdad anhelo...
(*Con energía y ternura.*)
No me amas?

ANDRES. (*Con entusiasmo.*)
Angel del cielo,
quién no ha de amarte en el mundo?

ELENA. (*Idem.*)
Y á tí?

ANDRES. (*Idem.*)
Mi Elena!

ELENA. Mis ojos
con su elocuente inquietud,
á fuerza de llanto rojos,
clavados en los cerrojos
que encierran tu juventud;
mi siempre trémulo acento,
la contraccion de mi boca
y á veces mi abatimiento,
no han dicho á tu afan sediento
de amor, que yo estaba loca?
Pues loca estoy! Loca, sí!
Conciencia, grito de honor,
silencio ya! .. Siento en mí
que toda el alma es amor,

y amor... y amor... para ti!
ANDRES. Elena, déjame verte,
y esa palabra escucharte,
y bendecirte al hablarte,
y enamorado quererte.
y arrodillado adorarte.
ELENA. Tu adoracion en verdad
es hoy para mí un insulto.
ANDRES. Amor es felicidad...
ELENA. Cuando es obediente, y culto
tributa á mi voluntad.
ANDRES. Elena, mi obligacion
no es herirte el corazon.
ELENA. Mi amante solicitud
es tal, que á mas de pasion
exijo la esclavitud.
Yo te amo, Andrés: ya he perdido
al qué dirán el respeto...
ANDRES. Qué quieres de mí?
ELENA. Te pido
la verdad.
ANDRES. No te he mentido.
ELENA. Que sepa yo tu secreto.
Derecho tengo á exijir
lo que quieres ocultar.
ANDRES. Elena!
ELENA. Aprende á mentir.
ANDRES. (*Con energía y ternura.*)
Sabiéndolo has de llorar!
ELENA. (*Con entusiasmo.*)
Y tambien puedo morir!
ANDRES. Huye de mí, tentacion...
Serán mis palabras flechas
punzantes...
ELENA. Y no es razon
Andrés, que vengan derechas
á herirme en el corazon?
Si ya el secreto rompí
de mi pasion maldecida,
si he dicho que adoro en ti,
qué mas tormento esta vida
puede encerrar para mí?
ANDRES. Nunca, nunca; no es humano
tan honda herida yo mismo
abrir con mi propia mano...

No quieras ver ese abismo.
(*Aparece Luis Chenier á la puerta del calabozo del marqués.*)

ELENA. Venid, venid, pobre anciano.

ESCENA V.

ANDRES CHENIER. ELENA. LUIS CHENIER.

ELENA. Favorecedme, y por Dios
que ha de contar su secreto,
si le rogamos los dos:
á vos, señor, por respeto,
y á mí porque os traigo á vos.

LUIS. Qué ha decidido, mi Andrés,
ese tribunal nefando?...
Dímelo pronto... No ves
que lloro y estoy temblando
de la cabeza á los piés?
Soy tu padre, y por mi amor
te ruego cuando el dolor
que despedaza mi pecho,
á saber me dá derecho
cuál es tu suerte!

ANDRES. Señor!...

ELENA. No recuerdas sin querer
que vive tu pobre madre,
y en el cristiano deber
que, despues de Dios, un padre
el Dios del hijo ha de ser?
Pues bien, mira su quebranto,
y en esa razon me fundo;
responde á su ruego santo,
y ofrezco á tus piés mi llanto...
No tengo mas en el mundo!

ANDRES. (*Estrechándolos sobre su corazon.*)
Elena!... Los dos aquí!
Pues sois entrambos trasuntos
del mismo Dios para mí!
(*Aparece el marqués á la puerta del tribunal.*)

MARQ. Hermano!

ANDRES. Montmorenci!
MARQ. Los dos moriremos juntos!
(*Luis Chenier abraza las rodillas de su hijo. Elena se arroja en sus brazos.*)

ESCENA VI.

ANDRÉS CHENIER. EL MARQUÉS DE MONTMORENCI. ELENA. LUIS CHENIER.

ELENA. (*Le abraza y llora.*)
Andrés! Andrés!
LUIS. (*Abrazando sus rodillas.*)
Hijo mio!...
Morir tan jóven!
ANDRES. Qué importa?
La vida, señor, es corta,
y no ha de faltarme brío
en la hora de mi muerte;
(*Se levanta.*)
el llanto enjugad, ó padre...
Vivid, que aun vive mi madre!
LUIS. Naciste con mala suerte!
ANDRES. Elena, basta de llanto...
No me hagas tener pavor
á la muerte, que el valor
al morir debe ser tanto,
que no ha de dar la cabeza
á la torpe muchedumbre
motivo de que vislumbre
debilidad y flaqueza.
ELENA. Dices bien; timbres de gloria!
al que sucumbe inocente!
Levanta, Andrés, esa frente,
que al mundo dejas tu historia.
Ni llanto, ni compasion.
Sacrificio mas inmenso
que tú me demandas pienso!
Cumpliré mi obligacion!
Y con la antigua arrogancia
de esta mi raza feudal,

gritaré á ese tribunal:
Verdugos qué haceis en Francia?

ANDRES. (*Deteniendo á Elena.*)
Mi amor no te lo consiente.

MARQ. (*A Luis Chenier.*)
Y vos, señor, dónde vais?

ANDRES. Padre!

LUIS. No me detengais,
quiero ver al insolente
que se ha burlado de mí...
á Robespierre.

MARQ. Ilusion!
Ahora está en la Convencion.

LUIS. Iré allá, Montmorenci.
Iré allá!...

ANDRES. Y me abandonais?
(*Elena siempre apoyada sobre los hombros de Andrés, llorando.*)

LUIS. (*Abrazándole.*)
Hijo mio!

ANDRES. Entre mis brazos
haced, si os place, pedazos
mi corazon. No os vayais!...
Elena, en tu oferta fio.
(*Un redoble de tambores y rumor de pueblo dentro.*)
Ya la voz del pueblo zumba;
tu llanto sobre mi tumba
será bienhechor rocio!

ESCENA VII.

ANDRÉS CHENIER. LUIS CHENIER. ELENA. EL MARQUÉS DE MONTMORENCI. CATON. SOLDADOS. PRESOS. CARCELEROS.

(*Todos los presos salen de sus habitaciones. Caton entra acompañado de soldados: agitacion entre los presos. Tiberio atraviesa la escena con un pliego cerrado y entra en el tribunal revolucionario.*)

ELENA. No, jamás...

CATON. Andrés Chenier,
Montmorenci.

MARQ. Desde hoy
honrado vasallo soy,
que en un cadalso, la fé
de noble de antigua raza,
sellará con ruda mano,
allá en la pública plaza,
un verdugo ciudadano.
ELENA. Es imposible!
LUIS. Señora,
orgullo y serenidad:
valor, no debilidad
mostrar debemos ahora.
Su padre soy, pero hundo
en el corazon mi llanto;
haced, señora, otro tanto
por miramientos al mundo.
No lloreis; de nuestro afan
pueden burlarse!...
ELENA. Señor,
tambien para este dolor
tiene el mundo un qué dirán?
MARQ. Andrés, que ya nos espera
la popular algazara;
mostrémosle en nuestra cara
la risa mas placentera.
CATON. (*Tocándole en el hombro.*)
Andrés Chenier, que ya es tarde!
LUIS. No le toqueis.. Si á Dios plugo
que asi muera... no es cobarde,
y sobra con un verdugo.
ANDRES. Elena, en mi corazon
tu imágen grabada está;
ni el sepulcro estinguirá
el fuego de esta pasion.
(*Dándole un manuscrito.*)
Toma: son mis pensamientos,
que en mas venturosos dias
lanzaba en las trobas mias
á la region de los vientos.
Consérvalos; su memoria
que yo encomiendo á tu amor,
será la estrella mejor
del gran dosel de mi gloria.
Le ves? Con piadoso afan
sobre él estiende tu mano...

Es mi padre!... Es un anciano
sin un pedazo de pan!...
Adios, Elena querida,
conserva en tu corazon
recuerdos de esta pasion,
único bien de mi vida.

ELENA. Oh!... mi Andrés!... dame á besar
tus manos... mi adios postrero!...

LUIS. Elena!

ELENA. Porque le quiero,
dejadme, señor, llorar!...

ANDRES. Padre mio, no te asombre
el verme insensible y duro;
tu nombre llevo y te juro
dejar bien puesto mi nombre.

LUIS. Te quiero mas de esa suerte;
serenidad, arrogancia,
y ante esas turbas de Francia
risueño sufre la muerte.
Yo sé que me he de morir
faltándome tú, y con todo
hoy he de encontrar el modo
de padecer y reir.

ANDRES. Cumplid mis deseos, padre,
y á todas horas del dia,
de la noche... madre mia!...
por mí besad á mi madre!
Elena del corazon!...
Padre... adios! Y allí despues!...
En el cielo!

ELENA. Andrés!...

MARQ. (*Agarrándole de la mano con resolucion.*)
Andrés!

LUIS. Recibe mi bendicion!
(*Andrés se desprende violentamente de los brazos de Elena y de su padre.*)

ELENA. Dejadme morir con él!

LUIS. (*La detiene con resolucion y hasta con violencia.*)
Elena, habeis ofrecido...

ELENA. Es verdad!

ANDRES. Ya me despido
de tu confusa Babel,
revolucion!... ya me alejo;
verdugos diste á mi gloria,
patria mia, yo te dejo

mi nombre para tu historia.
(*Al pasar el marqués y Andrés por delante de Caton, el primero le quita el sombrero y lo tira al suelo con indignacion.*)

MARQ. Quitarte el sombrero es ley,
(*Tirando á tierra el sombrero de Caton.*)
pues ves delante de tí
á un Laval Montmorenci,
y á un mártir del pueblo-Rey.
(*Desaparecen por el fondo entre soldados y municipales: redobles de tambores, unos mas cerca que otros, hasta que dejan de oirse enteramente.*)

ESCENA VIII.

LUIS CHENIER. ELENA. CATON. TIBERIO, *que sale con precipitacion del tribunal. Luis Chenier, sentado junto á la mesa. Elena de rodillas junto á él.*

ELENA. Ay!... ay!... ay!...
LUIS. Infeliz!
TIBERIO. Caton...
CATON. Qué quieres?...
TIBERIO. (*Entregándole un papel que lee Caton.*)
Órden del tribunal.
CATON. Antes de una hora
deben morir...
TIBERIO. Los dos.
CATON. Y qué motivo?
TIBERIO. (*Con misterio.*)
Reina en el comité grande zozobra:
la Convencion se sublevó á los gritos
del infame Tallien.
CATON. Y es eso cosa
de mucha gravedad?
TIBERIO. Como que acusan
al mismo Robespierre.
CATON. Al gran patriota?
Y le condenarán?
TIBERIO. Todo es posible:

por eso quiere el tribunal que corras
á apresurar la ejecucion de entrambos
porque este golpe á la asamblea toda
de seguro impondrá.

CATON. Salud, Tiberio.
(Váse por el fondo.)

TIBERIO. Fraternidad, Caton.
(Entra en el tribunal.)

ESCENA IX.

LUIS CHENIER. ELENA. PRESOS. CARCELEROS.

LUIS. Valor, señora;
ved que ese llanto, si consuela, humilla
la noble condicion de una matrona.

ELENA. Nada me importa ya; cesó mi orgullo:
le amaba con pasion y me le roban!
Que diga el mundo lo que mas le plazca:
él fué mi único amor!.. Lloraré sola!
Oh! populacho de París!... La sangre
es el solo festin que proporciona,
desde ese trono á que la alzaste un dia,
la libertad á tu sedienta boca...
Hoy gozarás, por fin! Mozo y poeta.
rayo de luz que alumbrará tu historia,
sobre el tablado popular sucumbe
el infeliz Chenier... con ansia loca
vuela, en su sangre esclarecida puedes
para el nuevo festin llenar la copa...
(Rumor: tumulto á lo lejos: los presos se arremolinan: Agitacion.)
Oh! Populacho de París!...
(Momentos de silencio.)

LUIS. *(Levantándose.)*
Oisteis?...

ELENA. Me hablais de Andrés?

LUIS. No tal... del alma brota
la esperanza!... no ois?...

ELENA. Gritos confusos...
(Asomándose á la ventana.)
tumultuoso rumor...

LUIS. Allí se agolpa
la muchedumbre... Si por dicha el pueblo...
ELENA. No me hagais esperar!
LUIS. Las armas chocan...
ELENA. Horrible confusion!... Sigue adelante
el grupo aquel que se formó de tropa
y en medio una carreta!... Allá en el cielo
su alma el Divino Criador acoja!...
(*Nuevo tumulto mas cerca.*)
Otra vez... otra vez... crece el tumulto...
Ilusion! Ilusion!
CATON. (*A la verja de hierro.*)
Abrid y pronta
y enérgica será la resistencia.
(*Los carceleros abren: entra Caton. Movimiento entre los carceleros y los dependientes del tribunal. La agitacion de los presos va en aumento.*)

ESCENA X.

LUIS CHENIER. ELENA. CATON.

LUIS. Ciudadano Caton.
CATON. Dejadme ahora.
LUIS. Do vais?
CATON. Al tribunal.
ELENA. Y qué motivo?...
CATON. Cunde la insurreccion... y se amontona
sobre el cortejo y el perdon proclama
de Andrés Chenier, mas Henriot se mofa
de la insolente pretension y al cabo
cumplirá su deber...
ELENA. (*Con energia á la ventana.*)
A la victoria!
Muchedumbre infernal, lucha incansable...
cuanto se oponga á ti, tanto destroza
que es mas fácil romper la guillotina
que fué despedazar una corona...
Su salvacion! y en los altares luego
de vuestra libertad mi sangre corra.
(*Espantoso tumulto: se oyen por todas partes gritos de «viva la república, abajo el terror.» Cae hecha*

pedazos la verja de hierro y la puerta de entrada. Guardias nacionales, diputados, pueblo armado de picas, fusiles. etc. etc. Banderas tricolores: los presos se abrazan á sus libertadores. Algunos grupos echan abajo las puertas del tribunal revolucionario.)

ESCENA XI.

Luis Chenier. Tallien. Elena. Pueblo. Guardias nacionales. Diputados. Presos. *Tallien aparece en medio de la muchedumbre; el trage descompuesto; la fisonomía radiante de júbilo y de entusiasmo y agitando una bandera tricolor.*

Tallie. Andrés!... do está Chenier?
Luis. Quizás espira
sobre el cadalso!
Tallie. No.
Elena. Qué... qué?
Tallie. Me agovia
tanta felicidad! Su propio hermano
le habrá salvado!... Respirad vosotras
víctimas del terror... Si hoy reconquista
su influencia la ley... del pueblo es obra.
Apenas entra Robespierre y asiento
de su falange entre las filas toma,
en medio de ese general murmullo
que en la oprimida Convencion provoca
su presencia, Saint-Just á la tribuna
sube; en silencio sepulcral se torna
el confuso rumor y por do quiera
el sobresalto cunde. Aterradora
se oye la voz del iracundo mozo;
lee su mensage y su lectura absorta
deja á la Convencion. Yo mismo entonces,
como que sé lo que borrar importa
del tal mensage la impresion funesta,
á la tribuna voy; mi audacia asombra!...
y hablo á mi vez y á Robespierre acuso:
y como suelen en el mar las olas
del huracan al vigoroso empuje
rugir y alzarse y atronar con ronca

furia la inmensidad de los espacios
y hundir las naves y arrancar las rocas,
asi mi acento á su pesar conmueve
toda la Convencion, que el viento asorda
con su ardiente clamor y el palmoteo
que aterrador retumba por sus bóvedas.
Vacila Robespierre, osado quiere
de su derecho usar, mas se desploma
sobre su acento atronador tumulto;
insiste y llega con audacia loca
de la tribuna al pié; mas vigoroso
yo, le lanzo de allí... la vista torva
pasea por do quier, sin que uno solo
su voz ampare y su intencion recoja.
Hierve la Convencion; su aliento quema;
en valor la flaqueza se trasforma
y « fuera de la ley á los tiranos »
« abajo el dictador » grita orgullosa.
El pueblo que esto vé, con alaridos
de la asamblea la intencion apoya,
que es el pueblo á su turno generoso
y ante la luz de la clemencia goza.
Empero Robespierre no se acobarda;
con hipócritas frases apostrofa
de aquella hueste á los escasos restos
que el nombre eternizó de la Gironda
y entre ellos busca proteccion y asilo,
clemencia ó libertad; mas no bien toca
el brazo de un asiento. « *Este fué el puesto*,
le gritan, *de Vergniaud* » de miedo encorba
su cuerpo y huye, quiere hablar, no puede
y al verle en tal angustia, atronadora
dice una voz que dominó el tumulto...
« *Lo ves? La sangre de Danton te ahoga!* »
Sucumbe Robespierre á ese recuerdo;
le acusan de traidor y le aprisionan
y el dictador de ayer, dueño de Francia,
esclavo es hoy que la cabeza dobla.
José Chenier se encaminó á la plaza
de la revolucion, por ver si estorba
con su presencia el sacrificio infame
de un hermano infeliz y á esta mazmorra
me he trasladado yo, fiel mensagero
de paz, de olvido, de clemencia y gloria.

ESCENA XI.

Dichos. JOSÉ CHENIER, *con otros diputados.*

PUEBLO. (*Dentro.*)
Chenier!
(*Mas cerca.*)
Chenier!
PUEBLO. (*En la escena.*)
Chenier!
LUIS. Qué es de tu hermano?
TALLIE. Su silencio, señor, por él responda.
ELENA. (*Da un grito y cae desmayada en los brazos de Tallien: cuadro general; á lo lejos suena el canto de la marsellesa.*)
TALLIE. No llores; si es tu sangre la postrera
que ha refrescado la cuchilla roja
símbolo del terror, desde hoy tu patria
sus colores purísimos tremola.
Leyes, no sangre, necesita el mundo;
cese por fin la proscripcion, antorcha
que alumbra siempre á quien la ley desgarra,
y de la libertad, arbol que brota
de la razon, al universo envuelvan
sus noble ramas con su santa sombra.

FIN DEL DRAMA.

JUNTA DE CENSURA DE LOS TEATROS DEL REINO.

Madrid 8 de Diciembre de 1851.

Aprobada y devuélvase.

Juan Valero y Soto.

Catálogo de las obras dramáticas de la propiedad del CÍRCULO LITERARIO COMERCIAL, *estrenadas últimamente en los Teatros de esta Córte, y con especialidad en el Teatro Español.*

DRAMAS
EN TRES ó MAS ACTOS.

Andrés Chenier.
Adriana.
La ley de represalias.
El ramo de rosas.
Caibar, *drama bardo.*
El Trovador, *refundido.*
Cristobal Colon.
Un hombre de estado.
El primer Giron.
El Tesorero del Rey.
El Lirio entre zarzas.
Isabel la Católica.
Antonio de Leiva.
La Reina Sara.
Ultimas horas de un Rey.
Don Francisco de Quevedo.
Juan Bravo el Comunero.
Diego Corrientes.
El Bufon del Rey.
Un Voto y una venganza.
Bernardo de Saldaña.
El Cardenal y el ministro.
Nobleza Republicana.
Mauricio el Republicano.
Doña Juana la Loca.
El Hijo del Diablo.
Sara.
García de Paredes.
Boabdil el chico.
El Fuego del cielo.
Un Juramento.
El Dos de Mayo.
Roberto el Normando

COMEDIAS
EN TRES ó MAS ACTOS.

Mercadet.
Una aventura de Richelieu.
Deudas de honor y amistad.
Merecer para alcanzar.
Para vencer, querer.
Los millonarios.
Los cuentos de la reina de Navarra.
El hermano mayor.
Los dos Guzmanes.
Jugar por tabla.
Juegos probibidos.
Un clavo saca otro clavo.
El Marido Duende.
El Remedio del fastidio.
El Lunar de la Marquesa.
La Pension de Venturita.
¿Quién es ella?
Memorias de Juan García.
Un enemigo oculto.
Trampas inocentes.
La Ceniza en la frente.
Un Matrimonio á la moda.
La Voluntad del difunto.
Caprichos de la fortuna.
Embajador y Hechicero.
A quien Dios no le dá hijos....
La nueva Pata de Cabra.
A un tiempo amor y fortuna.
El Oficialito.
Ataque y Defensa.
Ginesillo el aturdido.
Achaques del siglo actual.
Un Hidalgo aragonés.
Un Verdadero hombre de bien.
La Esclava de su galan.
Pecado y expiacion.
¡Fortuna te dé Dios, Hijo!
No se venga quien bien ama.
La Estudiantina.
La Escala de la fortuna.
Amor con amor se paga.
Capas y sombreros.
Ardides dobles de amor.
El Buen Santiago.
¡Ya es tarde!
Un cuarto con dos alcobas.
¡Lo que es el mundo!
Todo se queda en casa.
Desde Toledo á Madrid.
El Rey de los Primos.
Quien bien te quiera te hará llorar.
Marica-enreda.
Flaquezas y Desengaños.
La Amistad ó las Tres épocas.
El Diablo las carga.

EN DOS ACTOS.

Los pretendientes.
Los dos amores.
Deudas del alma.
Pipo.
Las diez de la noche.
El Congreso de Jitanos.
El Preceptor y su muger.
La Ley Sálica.
Un casamiento por hambre.
Antes que todo el honor.
¡Un divorcio!
La hija del misterio.
Las cucas.
Gerónimo el Albañil.
María y Felipe.

EN UN ACTO.

Cero y van dos.
Por poderes.
Una apuesta.
¿Cuál de los tres es el tio?
La eleccion de un diputado.
La banda de capitan.
Por un loro!
Simon Terranova.
Las dos carteras.
Malas tentaciones.
Dos en uno.
No hay que tentar al diablo.
Una ensalada de pollos.
Una Actriz.
Dos á dos.
El Tio Zaratan.
Los tres ramilletes.
El Corazon de un bandido.
Treinta dias despues.
Cenar á tambor batiente.
Las jorobas.
Los dos amigos y el dote.
Los dos compadres.
No mas secreto.
Manolito Gazquez.
Percances de un apellido.
Clases Pasivas.
Infantes improvisados.
Por amor y por dinero.
Estrupicios del amor.
Mi media Naranja.
¡Un ente singular!
Juan el Perdío.
De casta le viene al galgo.
¡No hay felicidad completa!
El Vizconde Bartolo.
Otro perro del hortelano.
No hay chanzas con el amor.
¡Un bofeton... y soy dichosa!
El premio de la virtud.
Sombra, fantasma y muger.
Cuerpo y sombra.
Un Angel tutelar.
El turron de noche-buena.
La Casa deshabitada.
Un Contrabando.
El Retratista.

ZARZUELAS CON SUS PARTITURAS A GRANDE ORQUESTA.

Tribulaciones!!!
El Sacristan de San Lorenzo.
El Duende.
El Duende, segunda parte.
Las Señas del Archiduque.
Colegialas y Soldados.
Tramoya.
Gloria y Peluca.
Palo de ciego.
Misterios de bastidores.
La venganza de Alifonso.
El suicidio de Rosa.
La pradera del Canal.
El Alma en pena.
La noche-buena.
Una tarde de toros.
Partitura del Duende.

OBRAS.

Avecilla. Diccionario de la Legislacion Mercantil de España.
Avecilla. Legislacion Militar de España.
Corzo. Aplicacion práctica del Código Penal.
Corzo. Código penal reformado. Ilustrado y anotado con citas y tablas de penas.

PUNTOS DE VENTA.



En Madrid: en las librerías de Cuesta, calle Mayor; Monier, Carrera de San Gerónimo, y Rios, calle de Carretas.

EN PROVINCIAS.

Adra. . . .	D. Francisco Barranco Medina.
Albacete. . .	Nicolas Herrero y Pedron.
Alcalá. . . .	Felix Moreno.
Alcoy. . . .	José Martí y Roig.
Algeciras. . .	Manuel Contilló.
Alicante. . .	Pedro Ibarra.
Almaden. . .	Felix Quiroga.
Almería. . .	Srcs. Vergara y compañía.
Andujar. . .	Domingo Caracuel.
Antequera. .	Joaquin Maria Casaus.
Aranjuez. . .	Gabriel Sainz.
Avila.. . . .	Julian Corrales.
Avilés. . . .	Ignacio García.
Badajoz. . .	Sra. Viuda de Carrillo.
Baena. . . .	Sres. Fdez. y Larramendi.
Baeza. . . .	Manuel Alambra.
Barcelona . .	Juan Oliveres.
Idem.	José Piferrer y Depaus.
Bejar	Vicente Alvarez.
Benavente. .	Pedro Fidalgo Blanco.
Berja. . . .	Nicolas del Moral.
Bilbao. . . .	Srcs. Delmas é Hijo.
Burgos. . . .	Sergio Villanueva.
Cáceres. . . .	José Valiente.
Cádiz.	Severiano Moraleda.
Calatayud.. .	Bernardino Azpeitia.
Carmona. . .	José María Moreno.
Cartagena.. .	Vicente Benedicto.
Castellon. . .	Remigio Moles.
Cervera. . . .	Joaquin Gasset.
Chiclana. . .	Manuel Alvarez Sibello.
Ciudad-Real.	Antonio Mexía.
Cdad-Rodrig.	Salomé Perez.
Córdoba . . .	Juan Manté.
Coruña. . . .	Juan José Sischká.
Cuenca. . . .	Pedro Mariana.
Écija.	Ciriaco Jimenez.
Figueras. . .	Jaime Bosch.
Gerona. . . .	Narcisa Grasses.
Gijon.	Vicente de Escurdia.
Granada.. . .	José María Zamora.
Guadalajara .	Fermin Sanchez.
Guardamar. .	Srcs. García y Muñoz.
Habana. . . .	Charlain y Fernandez.
Huelva. . . .	Franc. de Galvez Palacios.
Huesca. . . .	Bartolome Martinez.
Igualada. . .	Joaquin Jover y Serra.
Jaen.	José Sagrista.
J. la Frontra.	José Bueno.
Leon.	Manuel Gonzalez Redondo.
Lérida. . . .	Camilo Boix.
Logroño. . .	D. Ciriaco Verdejo.
Loja.	Juan Cano.
Lorca. . . .	Francisco Delgado.
Lugo.	Manuel Pujol y Masía.
Málaga. . . .	Francisco de Moya.
Manila. . . .	Felipe La-Corte.
Manresa. . .	Manuel Sala.
Manzanares. .	Dimas Lopez
Motril	José Joaquin Batlle.
Murcia. . . .	Antonio Molina.
Orense. . . .	Manuel Gomez Novoa.
Oviedo. . . .	Rafael C. Fernandez.
Palencia.. . .	Gerónimo Camazon.
Palma. . . .	Juan Guasp.
Pamplona. .	Ignacio Garcia.
Plasencia.. .	Isidro Pis.
Pontevedra. .	Juan Verea y Varela.
Priego. . . .	Gerónimo Caracuel.
P. Sta. María.	José Valderrama.
Requena. . .	
Reus.	Juan Bautista Vidal.
Rivadeo. . .	Marcos Fernandez Lopez.
Ronda. . . .	Moreti y Gutierrez.
Salamanca. .	Telesforo Oliva.
S. Fernando.	José Tellez de Meneses.
San Lucar. .	José Maria Espez.
Sta. Cruz Tf.	Pedro M. Ramirez.
S. Sebastian.	Sres. Domercq y Sobrino.
Santander. .	Clemente Maria Riesgo.
Santiago. . .	Sres. Sanchez y Rua.
Segovia. . . .	Eugenio Alejandro.
Sevilla. . . .	Cárlos Santigosa.
Idem.	Juan Antonio Fê.
Soria.	Francisco Perez Rioja.
Talavera. . .	Angel Sanchez de Castro.
Tarragona. .	Antonio Puigrubí y Canals.
Teruel. . . .	Vicente Castillo.
Toledo. . . .	José Hernandez.
Toro.	Alejandro Rodrig. Tejedor.
T. de Cuba.	Meliton Franc. de Revenga.
Tuy.	Francisco Martinez Gonzalez
Valencia. . .	Francisco Mateu y Garin.
Idem.	Francisco de P. Navarro.
Valladolid. .	José M. Lezcano y Roldan.
Valls.	Cayetano Badía.
Velez Málaga	Antonio María Cebrian.
Vich.	Ramon Tolosa.
Vitoria. . . .	Bernardino Robles.
Ubeda. . . .	Francisco de P. Torrente.
Zamora. . .	Manuel Conde.
Zaragoza . .	Pascual Polo.

El CIRCULO LITERARIO COMERCIAL se halla establecido en la calle de Fuencarral, casa Astrarena.